



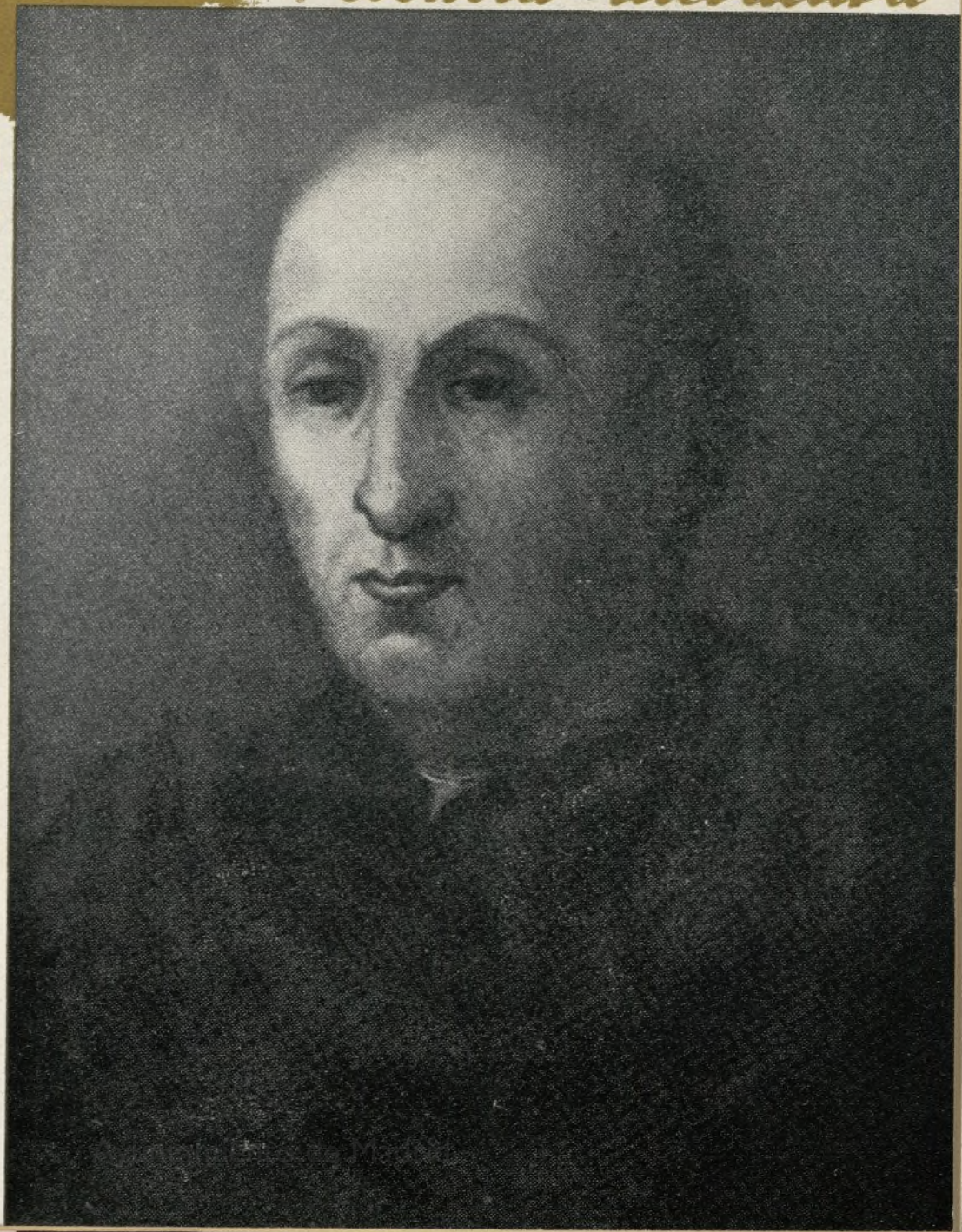
# CENIT

*sociología*  
*ciencia — literatura*

Armando Borghi: Los dos ojos del anarquismo. — José Peirats: Consideraciones sobre el pacifismo retórico. — Samuel Butler: Algunos juicios erewhonianos. — Herbert Spencer, Juan Montovani, John Dewey: Más ideas sobre la educación. — Eugen Relgis: Popper-Lynkeus o «el minimum de existencia». — Ugo Fedeli: El movimiento makhnovista en la revolución de Ucrania. III. Los anarquista y el movimiento insurreccional. — Alberto Carsi: La ciencia y la historia. — Fabián Moro: Sendero sensitivo: El pájaro mágico. — Pérez Galdós: Viejas Glorias.

## NOTAS

Carpio Carpio: Reportaje al compañero Salvador Torrents. — José M. Juárez: La televisión.



Noviembre

1951



REVISTA MENSUAL





SE HALLA EN VENTA EL PRIMER TOMO  
DEL TAN ESPERADO LIBRO

## LA C.N.T. EN LA REVOLUCION ESPAÑOLA

Se trata del estudio más completo y documentado sobre el origen y proceso histórico del anarcosindicalismo español

Son resumidos en esta importante obra las ansias, las luchas y los martirios del obrerismo español durante las épocas de la monarquía borbónica, durante el periodo de la dictadura militar, durante el agitado régimen republicano, cuyos antecedentes condujeron a la gloriosa epopeya del 19 de Julio de 1936.

416 páginas de texto con ilustraciones intercaladas sobre papel couché. Fotocubierta a dos colores. Precio de la obra : 600 francos.

Pedidos a todos los delegados de propaganda de las FF. LL. de la C.N.T. Servicio de librería de la C.N.T. 24, rue Ste-Marthe. Paris (X). Editoriales libertarias, y a Martín Vilarrupla, 4, rue Belfort. Toulouse. (Haute-Garonne).

## CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Director : A. GARCIA.—24, rue Ste-Marthe, París (X).

Administrador : M. VILARRUPLA.—4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

Precios de suscripción : Francia, 180 francos trimestre ; Exterior, 210 francos.

Número suelto, 70 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros : «CNT», hebdomadaire.

C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).



# LOS DOS OJOS DEL ANARQUISMO



ESTARIA por decir los «cuatro» ojos: dos delante y dos detrás. Hoy, para orientarse—o cuando menos para no perder la orientación—necesitaríamos una docena.

Los dos ojos del anarquismo corresponden a la síntesis del ideal de libertad a que ha llegado el pensamiento humano a través de forcejeos históricos, de luchas, de persecuciones, de resistencias «pasivas», de revoluciones. Los dos ojos del anarquismo corresponden a la visión de conjunto que no separa del problema del «pan» el problema de la «libertad».

«Quien es pobre es esclavo». Es la fórmula que desde Espartaco a Pisacane y Bakunin, está escrita en la bandera de los rebeldes que luchan por una sociedad de hombres libres. Esa fórmula expresa que las libertades políticas no aseguran las libertades del hombre si éste no tiene la garantía de su personalidad en la independencia económica.

Acerca de este punto no hay nada que revisar, pero sí algo que necesita ser aclarado a la luz de los acontecimientos de nuestros días y de las sofisticaciones totalitarias que son su matiz inconfundible. Si quien es pobre es esclavo, ¿puede el esclavo no ser pobre? En otras palabras, ¿puede existir una forma de convivencia sin libertad personal que suprima la pobreza para el individuo? ¿Puede en tales condiciones de abolición de la libertad individual existir la igualdad, o cuando menos desaparecer el predominio de una minoría? ¿Puede al menos—en ausencia de la igualdad social—ser un hecho la felicidad del individuo? ¿Puede en fin—aparte de la felicidad del individuo y de la igualdad—, existir «progreso social» en la marcha hacia un ordenamiento que gane terreno o mejore en el sentido de la libertad?

La respuesta a esas preguntas es en todos los casos negativa. ¡No! Un sistema que haya abolido la libertad personal para el individuo no puede abolir para él la pobreza. Las cárceles no serían menos cárceles por el hecho de tener los presos a su disposición todos los manjares apetecibles. La circunstancia de ser cambiado el «menú» de su pitanza diaria no atenuaría en ellos la idea obsesionante de la evasión. No hay tentativa de evasión de la cárcel que no exponga a peligros mayores

que el mismo cautiverio. Pero el preso, mirando a través de las rejas, ve el sol, las estrellas, las mismas tempestades, muy de otra manera que el hombre que las contempla desde fuera de la cárcel.

¡No! Donde no existe la libertad del individuo—donde el individuo está sometido también económicamente a la tutela del Estado—la igualdad constituye un imposible. Por consiguiente, no puede existir el «socialismo». Una sociedad organizada de tal forma tiene que reforzar el andamiaje de sus «jerarquías». Y la condición de los «jerarcas» será siempre desigual a la de sus subordinados. Es indefectible que en semejante régimen sea ahogada la felicidad del hombre.

Pero—en definitiva—, ¿puede al menos llegar el momento en que toda esta pasividad sea compensada por la preparación del hombre nuevo para la nueva sociedad, la sociedad futura, igualitaria finalmente, cuando el hombre haya sido puesto en condiciones, mediante una domesticación completa, de soportar pasivamente todas las formas de sujeción al totalitarismo?

Es preciso contestar en igual forma que antes: ¡No!

La falta de libertad no puede tener otra virtud que la de atrofiar las facultades que presiden el desarrollo moral—y por lo tanto «libertario»—del hombre. La falta de libertad no puede hacer otra cosa que favorecer progresivamente la invasión de los dominios sociales por el autoritarismo.

Ya es sabido que los anarquistas fueron considerados «pequeños burgueses» por las corrientes superautoritarias del marxismo. En sustancia los anarquistas no renegaban las conquistas del estúpido siglo XIX; no se adaptaban a condenar el «pensamiento democrático», por odio a la generación de la democracia política: los anarquistas eran y continuaron siendo los «enamorados fanáticos» (la frase es de Bakunin) de la libertad, incluso cuando se afirmaba fuera del campo proletario; incluso cuando les asociaba—fuera del campo electoral y parlamentario—con fracciones y corrientes libres de otros partidos de la clase media. Los anarquistas intervinieron activamente en la defensa de Dreyfus en Francia; en España trabajaron de acuerdo más de una vez con los republicanos que en algunos casos creyeron de más positiva eficacia la acción insurreccional que la parlamentaria y



legalitaria, manteniendo de común acuerdo agitaciones vivas contra la peste religiosa que daba a curas y frailes poderoso influjo sobre la monarquía. En Italia mantuvieron siempre el espíritu anti-monárquico para convertirlo en plataforma de movimientos revolucionarios.

La gran objeción contra los regímenes «pequeño burgueses», que dejan un pequeño respiradero de libertad política, sigue siendo—y hoy más que nunca—la siguiente: «Esos regímenes os conceden la libertad mientras su ejercicio no representa un peligro para los privilegios sociales; un instante después de manifestarse ese peligro la libertad política es suprimida».

Incuestionablemente. Y con este ojo los anarquistas ven tan claro, que... son anarquistas. Y también cuando esos regímenes de libertad estatal reclaman nuestro concurso para guerras liberatrices, los anarquistas responden teniendo muy abierto el ojo derecho, y el anarquismo no hinc la rodilla ante ninguna guerra de liberación.

Pero, mirando con el otro ojo—con el izquierdo—el anarquismo se pregunta: ¿por qué en los regímenes burgueses demoliberales se puede gozar de una relativa libertad política que permite al pensamiento un trabajo de crítica, al propio tiempo que la oposición popular a las presiones autoritarias (también permanentes) del aparato estatal, y esa misma oposición y ese mismo trabajo del pensamiento se convierten en «delito» que puede ser sancionado con el fusilamiento en los regímenes proletarios de comunismo dictatorial?

Este es el gran problema.

Cuando la tormenta reaccionaria amenaza, hay quien pretende enseñar a los anarquistas «a ponerse en guardia contra los retornos despóticos, contra los golpes de Estado». ¡Oh, santa simplicidad! Los anarquistas consideran que, «con o sin la amenaza del golpe de Estado», el problema de la libertad es un problema «permanente» de vigilancia y de «resistencia» al aparato estatal por los gobernados. Problema educativo y de orientación; problema de conocimiento de la misma interdependencia existente entre pensamiento libre y «formas» sociales, por la cual en todos los casos y en todos los problemas, el anarquismo señalará siem-

pre la forma centralista como la mejor conductora del autoritarismo y la forma descentralizada como la mejor conductora de la libertad.

El anarquismo es el resorte que empuja y enseña a empujar permanentemente en todas las direcciones de la libertad sobre el conjunto del «involucro» estatal, que tiende a restringirse cada vez más en detrimento de las autonomías, indispensables a cuantas formas de asociación necesita el hombre para relacionarse con la sociedad, y en detrimento de las libertades individuales.

En esta clara e inequívoca comprensión del anarquismo, estimo que se ha puesto el dedo en la llaga al decir: «El criterio con que nosotros distinguimos entre amigos y enemigos, o sea el metro con que los medimos, se llama Autoridad. Cuanta más autoridad encontramos, más adversarios somos».

Exacto. Un régimen que ahogue el derecho de oposición, tiene que desembocar en la atrofia de todo principio de libertad y en la hipertrofia del autoritarismo.

Esto tiene que ser dicho a la misma hora en que se encuentran exanarquistas que afirman ser anarquistas todavía y que creen sacrificarse por la anarquía soportando el autoritarismo del partido comunista, como etapa transversal para llegar a nuestros objetivos. Tiene que ser dicho cuando se encuentran anarquistas que no logran curarse de la inversión ideológica que les ha llevado a creer que es «un más allá» del comunismo autoritario en una dirección de desarrollo lógico, normal y hasta indispensable.

No se dan cuenta de que el anarquismo tiene dos ojos muy abiertos. Tampoco se dan cuenta de que es tal porque sintetiza todas las experiencias del pasado y del presente y se vale del ejercicio de todas las libertades sin enfeudarse a ningún Estado, e indica la solución del problema del pan a base de libertad, sin que el bollo se convierta en mordaza que cierra la boca, ni el mantel en venda que le tape los ojos al hombre que quiere luchar por la libertad...

Armando BORGHI

(Extracto y traducción de Eusebio C. Carbó.)





# CONSIDERACIONES SOBRE EL PACIFISMO RETORICO



Al finalizar la guerra de 1914-18 se creó una mentalidad pacifista entre algunos grupos de intelectuales de Europa y de América. Aquel movimiento pacifista nutrióse, como todos los movimientos puestos de moda, de peligrosas frases hechas y de toda suerte de mitos. La nueva diplomacia creó el mito de la Sociedad de Naciones, que había de acabar, según los profetas políticos de la época, con el estigma de la guerra. El descrédito de la diplomacia, de la política y de los políticos, hizo que se acogiese con una frialdad saludable—se sobreentiende que en los dominios populares y avanzados de la intelectualidad—la fórmula oficial de exterminio de la guerra. El mito de la S. de N. puede decirse que no lo fué para nadie. Ni la intelectualidad, ni el pueblo, ni los propios progenitores del mito—de un arreglo amistoso, por arbitraje, de las irreductibles ambiciones de las potencias internacionales—creían ni poco ni mucho en el nuevo milagro. La S. de N. mostró muy pronto que había de servir más bien de fórmula de distracción, de cortina de humo, de camuflaje de las maniobras belicistas que se fraguaban en los entretelones.

A pesar de todo, el mito de Ginebra hizo su camino, entre risas y chacotas hacia la preparación de la nueva hecatombe, que vino a pasos contados sin hallar impedimentos serios. Los tratados de paz fueron burlados, como no podían dejar de serlo unos tratados que eran en realidad trampolín para nuevas y más encarnizadas contiendas. Después de la destrucción de más de diez millones de vidas, de toda una generación mutilada, del envenenamiento mental de toda una época, de la demolición de una gran parte de nuestros pueblos y ciudades, en todos los países donde rugió la salvaje tormenta, los Estados beligerantes pretendieron jugar a vencidos y vencedores. Habían sido vencidos, irremediablemente y sin distinción desde los tiempos de Pirro, todos los terribles guerreros: los vencedores oficiales, los que se habían dado a sí mismos patente de tales, y los que se prestaron a la comedia de un supuesto sometimiento a las condiciones de armisticio y de paz. Los primeros se consolaban, y consolaban al pueblo, festejando periódicamente el acontecimiento, con muchas banderas, fuegos de artificio y danzas populares; los segundos en el propósito de no pagar los platos rotos, por aquello de que es más fácil de ofrecer lo que no se puede dar.

El movimiento pacifista de corte intelectual se ramificó en varios sentidos. Creó en primer plano toda una literatura patética a base de estadísticas, revelaciones sensacionales, novelas y relatos de trinchera, cuyos efectos quedaron reducidos al negocio editorial. Seguían en importancia las ligas y comités pacifistas de todos los tonos y para todos los gustos, sin más trascendencia que la explotación del fenómeno guerrerrista en sí mismo, un mo-

vimiento contra la guerra convertido, paradójicamente, en guerra de mensajes y manifiestos que se intercambiaban bajo forma de recíproco bombardeo, pero que raramente llegaban al pueblo, ni influenciaban a este pueblo, por la sencilla razón de que la intelectualidad carecía de contacto con las capas inferiores de la población. Seguían en orden de combate los filósofos de la biología de la guerra, una caterva de sesudos investigadores de las reacciones de los instintos humanos y descubridores de determinadas leyes psicológicas poco menos que absolutas y definitivas.

Uno de estos prodigiosos descubrimientos fué la ley de la paridad de armamentos. No se trata aquí del empeño diplomático que dió lugar a tantas conferencias militares y navales como jalonan los años que precedieron al abandono de la comedia ginebrina por los Estados que se cansaron de aguantarla el día en que se consideraron fuertes o mayores. La ley a que nos referimos no hablaba de una paridad de armamentos por reducción ni menos por proporcionalidad. El que las fábricas de armamentos carburasen a toda presión, que los stocks de pertrechos de guerra alcanzasen el límite del reventón, y que la ciencia aguzase el ingenio de los diseñadores de nuevos y más perfectos artefactos de exterminio, todo esto, al decir de los reluctantes teóricos, no constituía, ni mucho menos, motivo de alarma ni anuncio de una posible guerra.

Los llamados a romperse los cuernos en el campo de batalla eran siempre los mismos tradicionales Estados del cotarro de Europa, y los secretos de producción, cantidad y calidad comprendida, eran siempre secretos a voces o de fácil detección por los respectivos servicios de espionaje. La pasada guerra había revelado ya este axioma: que no había sorpresa posible en la puesta en práctica de nuevas armas. Y si la había, la sorpresa era relativamente transitoria. A los pocos días o semanas de una innovación cualquiera, los innovadores obtenían la consiguiente réplica.

¡No podían haber sorpresas! Y a mayor abundamiento, a una paridad de armamentos, producida por automatismo contingente, y este es el cuento, se producía una neutralización no menos automática de la potencia de fuego respectiva. Vale decir que advertidos de antemano los Estados mayores de los progresos en pertrechos del futuro enemigo aplazaban la guerra con vistas a superar en medios ofensivos a este supuesto enemigo, fenómeno que se repetía en el bando opuesto, lográndose así, involuntariamente, aplazar indefinidamente el estallido de la crisis.

Claro que esta ingeniosa teoría no tenía en cuenta que todo el mundo no queda reducido a Europa ni a las tres o cuatro potencias que la manejan. Y que si bien ha existido siempre una relativa paridad ofensiva entre las tres o cuatro consagradas potencias, que obligólas a respetar el «*status quo*», más o menos a regañadientes, ello no obli-



gaba a que se procediera con idéntico respeto con los Estados o pueblos débiles y que empezaran los escapes de dinamismo bélico concentrado por escoger a sus víctimas en parajes lo más alejados posible del clásico polvorín europeo.

En lo más álgido de la crisis europea de entre ambas guerras, hubo momentos en que parecía inminente una embestida a fondo entre los bloques franco-británico e italo-germano. Los pacifistas templaban entonces sus liras: «¡La guerra estalla mañana!» Y cuando más inevitable parecía la hecatombe para los agoreros de las ligas pacifistas, y más flemáticos se mostraban los legistas de pintorescas teorías, amainaba en Europa la bronca, pero trasformábase en ataque artero (mussolinésco) contra los desvalidos y remotos abisinios.

A partir de entonces cuanto más grande era el altercado entre los gallos peleones europeos más claro era el indicio de que iban a recibir los coscorrones los países alejados de la zona de tormenta, que ni siquiera eran terceros en disputa. Italia sació durante varios años, en carne de etíopes, su propia impotencia frente a potencias de la categoría de Francia e Inglaterra. Otro tanto ocurría con la llamada guerra española.

España era un país pacífico que carecía de problemas internacionales, ni más ni menos que los pacíficos abisinios. Por su Constitución, la republicana, había renunciado a la guerra como instrumento de conquista. No alimentaba siquiera eso que se ha dado en llamar reivindicaciones territoriales. La herida nacionalista que provocó la pérdida de las últimas colonias había sufrido la acción cauterizadora del tiempo. Las cláusulas secretas de determinado pacto con Italia eran algo ligado a la gestión irresponsable de la Dictadura, constituía aquel pacto una explosión de pedantería de los capostotes del Directorio, más africanistas éstos que españoles y europeos. Aparte las tendencias naturales entre los jerifaltes del ejército, y por razones de profesión, por amor al oficio, los políticos españoles estaban habituados a contemplar la escena diplomática y militar europea como una corrida más, acomodados detrás de la barrera y sin ánimo de saltar al ruedo. Y si algún interés principal mostraban tener algunos sectores, quedaba reducido éste a la esperanza de una segunda vuelta a la época de las vacas gordas: añoranza por aquella época de neutralidad especulativa que permitió, desde 1914 a 1918, a la naciente burguesía española, amasar grandes fortunas haciendo los especuladores de intendentes caros y defectuosos de los ejércitos aliados.

Y en cuanto al pueblo español, ganado en su mayor parte en las grandes ciudades por las organizaciones sindicales, saturadas estas organizaciones de contenido doctrinario, revolucionario o político, constituía más que un factor inoperante, contemplativo y abandonado a la corriente, un obstáculo de primer orden a toda posible maniobra oligárquica o estatal de concesión al «snob» de la diplomacia secreta.

Las repetidas aventuras africanistas, encomendadas por el paranoico estratega coronado a sus promociones de flamantes uniformados, jugaron siempre un gran papel en las populares efervescencias españolas. Y los descalabros a que condujeron aquellas aventuras, y sus complicaciones en los planos social y político, rompieron para siempre el hechizo patriótico. Otra de las causas de la impopularidad del militarismo español arranca,

además, y muy principalmente, de la estrecha relación del ejército con la historia negra de los pronunciamientos.

España era, pues, un país divorciado de las canchillerías europeas, cuando sufrió la embestida del bloque italo-germano, consumación de la táctica de desviar sobre los pueblos débiles el efecto de las querellas entre los Estados fuertes. Siguió en turno Austria, Checoslovaquia, Albania, Finlandia y finalmente, Polonia.

La agresión contra Polonia, que rompió los diques del equilibrio europeo, implica la bancarrota del dogma pacifista, sin arraigo popular, así como la quiebra, por juego de los imponderables, de la peregrina teoría de la neutralización de los armamentos. Esta teoría había sido fabricada según el principio científico de que las electricidades de signo contrario se atraen, se absorben y se neutralizan. La guerra de 1939-45 ha venido a demostrarnos que no se pueden aplicar los principios de la Física a la historia de los hombres. La obsesión de interpretar la historia a tenor de los experimentos de laboratorio había conducido al descabro, hacía ya mucho tiempo, del marxismo doctrinario. Y a no pocas escuelas no marxistas y hasta adversarias del marxismo. Aludimos al papel atribuido a la lucha de clases, a la ley de concentración capitalista y al supuesto automatismo del Progreso general.

Todas estas teorías contribuyeron a crear una mentalidad conformista en los medios populares que se desenvuelven al margen de las obligaciones oficiales y de los intereses de la política nacional. Los acontecimientos ulteriores quedaron a merced de un pacifismo inoperante, y en parte contraproducente, y de las manipulaciones peligrosas de la diplomacia armamentista. Faltos de un pacifismo con miras amplias, que fuera capaz de concebir el peligro de la guerra como algo consubstancial al sistema estatal y capitalista, y de tomar posiciones efectivas frente a las causas profundas del militarismo, se dió vía libre a los megalómanos aficionados a jugar con la pólvora, quienes acabaron por hacer saltar el mundo, llevándole a la segunda conflagración general de nuestro primer medio siglo.

La idea de un pacifismo autosuficiente es una calamidad. En su afán de sumar voluntades contra el peligro de la guerra, la mayoría de los paladines del pacifismo no han reparado en hacer una serie de concesiones fundamentales en tocante a principios políticos y doctrinales. Se ha pretendido convertir el principio antimilitarista y humanitario en una doctrina específica con pretensión de que se bastaba a sí misma. Personalidades específicas, social y políticamente, abandonaron en provecho de un pacifismo heterogéneo su actividad militante en las organizaciones y corrientes ideológicas que les eran propias. Se repetía el caso de los vegetarianos, naturistas y desnudistas fracasados en su propósito de transformar el mundo mediante el culto al Sol y el sacrificio a la diosa Trofología.

Unir voluntades sobre la base de un motivo coincidente, por limitado que sea es siempre un propósito laudable. Pero querer convertir el pacifismo, el naturismo o el esperantismo en palanca de Arquímedes para todas las soluciones es empequeñecer, ridiculizar, ahogar en ciernes, esa misma posibilidad coincidente. Hablamos para los hombres que tienen a gala ostentar opiniones fundamentales sobre problemas fundamentales. Bien que



se busquen y cultiven cuantas corrientes de afinidad y simpatía se manifiesten a todo lo ancho del mundo. La tendencia de menospreciar cuanto no encaja total y plenamente en cada una de las ideologías conocidas es otra enfermedad llamada a ser tratada por los procedimientos médicos o quirúrgicos expeditivos. Catalogar como extraño a todo hombre que no piense idénticamente como nosotros sobre todos los problemas o con referencia a determinados principios es, también, una aberración mayúscula. La ha venido sufriendo el anarquismo ni más ni menos que las organizaciones y partidos llamados clasistas. Y hay que arremeter contra esta enfermedad que nos conduciría, de propagarse demasiado, a un aislamiento irreductible, mil veces peor que el de las tribus de ciertos pueblos primitivos. En plan de pacifismo, este aislamiento hermético, cantonalista, sería la siembra más eficaz para futuras guerras. Romper, en cambio, todos los compartimentos estancos, abrir brecha en las fronteras espirituales interpuestas entre las gentes y entre los pueblos, es un punto de partida para el derrumbamiento de las murallas nacionalistas, ideal supremo para el verdadero pacifismo.

Ninguna posibilidad de coincidencia, de mera simpatía, aun precaria e insuficiente, entre no importa qué clase de hombres, en plan personal o más o menos colectivo, debe ser desdeñada. Aprovechar todo lo que nos une con nuestros semejantes, cultivar y mantener esa afinidad de detalle y procurar no malograrla, repetimos, constituye una gran obra. Pero no es toda la obra. En sí misma y para su solo motivo sería más que insuficiente. Al lado de lo que nos une está lo que nos distancia o nos enfrenta, y ello no puede ser tampoco minimizado. Existen prejuicios de casta y de educación más o menos irreductibles. Y existe el problema de la justicia social y el de los intereses generales de los hombres que no tienen su solución con las solas simpatías unilaterales.

El hombre, pues, debe hacer honor a todas sus convicciones y no solamente a una mínima parte de ellas. El pacifista de convicción debe tener otras convicciones que la simple oposición a los efectos del militarismo. La guerra, y el militarismo mismo, obedecen a causas muy complejas. Son un efecto de este mundo de crueles contradicciones, de bas-

tardos intereses creados, de existencia de clases nada solidarias, antagónicas. No se puede combatir el efecto sin suprimir las causas que lo engendran. Y en el diario afán de aunar voluntades por encima de estas realidades fundamentales, sincronizados con esta interesante labor de buscar y soldar entre hombres cuanto les une, por mínimo que sea, hay que volcar los esfuerzos hacia otros terrenos de acción más esenciales por su conexión con la madre del problema.

Las personalidades dotadas de convicciones específicas que estén enroladas en la cruzada del pacifismo heterogéneo, deben militar en el terreno específico de sus ideas, en las organizaciones que encarnen esos ideales y en el seno de los movimientos populares con vistas a materializar en acción fecunda el propósito de acabar con la lacra de las guerras, atacando al corazón del sistema actual de cosas.

Es la única forma de acabar con las meras elucubraciones y con los movimientos artificiosos convertidos en mito. Lo han venido siendo todos los pacifismos retóricos, el de mensaje y manifiesto y el no menos pomposo que se pretende científico o de laboratorio. Urge esta clarificación a la vista de tanta verborrea como proclama hoy en día sus propósitos de paz con música marcial y estampido de cañones.

Seamos capaces, por nuestros hechos más que por nuestras palabras, de arrancar la blanca bandera de la paz, o la roja bandera de la revolución, de manos profanas. Estos trofeos deben volver al pueblo que es quien sufre las consecuencias de la guerra, convirtiendo a este pueblo en digno depositario de lo que le pertenece. Por lo cual debe entenderse que urge terminar con la distracción o desplazamiento que sufren hoy todos los problemas al quedar confiados a manos de malabaristas y escamoteadores sin interés ni deseo de soluciones.

No hagamos de la paz un simple problema sentimental. Las llamadas a la comprensión, los votos humanistas, las estadísticas horripilantes, las listas negras de los inmolados y los presagios de mal agüero, más que enternecer a los consabidos destinatarios, asustan, deprimen y acobardan a las futuras víctimas.

José PEIRATS





# ALGUNOS JUICIOS EREWHONIANOS



En Erewhon, lo mismo que en otros países, existen tribunales especiales designados para entender en ciertas causas. Según he explicado ya, la desgracia en general es considerada más o menos delictiva, pero admite cierta clasificación y existe un tribunal para cada una de las categorías en las que se ha convenido dividirla.

Poco después de mi llegada a la capital, un día que había salido de paseo, penetré en el Tribunal de los Lutos y Desgracias personales, y con mucho interés y mucha pena al mismo tiempo, presencié el juicio de un hombre acusado de haber perdido recientemente a su esposa, con quien le unía un cariño profundo, y que le había dejado con tres niños, el mayor de los cuales sólo contaba tres años.

El informe que trató de presentar su abogado defensor, se basaba en el alegato siguiente: Que el acusado no había querido verdaderamente a su esposa. Pero tal sistema de defensa fracasó por completo ante los testigos llamados por el fiscal, que declararon uno tras de otro cuán profundamente se quería aquél matrimonio. El acusado lloró reiteradamente al oír relatar incidentales que le recordaban la irreparable pérdida que había sufrido. El Jurado volvió después de muy corta deliberación con un veredicto de culpabilidad; pero admitiendo atenuantes en el hecho de haber asegurado el reo la vida de su esposa por una fuerte cantidad, en fecha reciente, pudiendo por lo tanto considerársele como afortunado en cuanto había percibido el dinero sin que la Compañía de Seguros pusiera dificultades, a pesar de haber pagado él dos primas solamente.

Acabo de decir que el fallo del Jurado fué de culpabilidad. Cuando el juez dictó la sentencia, llamó mi atención su manera de increpar al abogado defensor por haber hecho éste referencia a cierto libro en el que la culpabilidad de los casos de desgracia, semejantes al de su defendido, atenuábase hasta el punto que provocó la indignación del Tribunal.

—Aun veremos—dijo el juez— publicarse de vez en cuando esos libros desvergonzados y subversivos, hasta que se llegue a reconocer como un axioma de la moral que la suerte es el único objeto digno de la veneración humana. Hasta dónde llega el derecho de un hombre a tener más suerte que sus vecinos, y, por consiguiente, a ser más respetables: he ahí un problema que ha sido resuelto siempre, y siempre lo será, primero con regateos y componendas, y finalmente por la violencia. Mas sea como quiera, es de sentido común que a ningún hombre se le puede permitir ser desgraciado sino hasta cierto, muy limitado, punto.

Luego, volviéndose hacia el acusado, añadió el juez:

—Ha sufrido usted una gran pérdida. La naturaleza castiga muy severamente tamaños delitos, y el deber de la ley humana es recalcar los decretos de la Naturaleza. De no intervenir el ruego de clemencia expresado por el Jurado, yo le habría

condenado a seis meses de trabajos forzados. No obstante, conmutaré su sentencia en una condena de tres meses solamente con opción a sustituirla por una multa del veinticinco por ciento del dinero que ha cobrado usted de la Compañía de Seguros.

El procesado dió las gracias al juez y añadió que como no tenía quien pudiese cuidar a sus hijos si le encarcelaban, se acogería a la opción que le concedía la clemencia de su Señoría y pagaría la cantidad señalada. Hiciéronle salir de la sala del Tribunal.

En la causa siguiente, se acusaba a un joven, que acababa de alcanzar su mayor edad, de haber sido despojado de una gran fortuna, mientras era menor, por su propio tutor, que era también uno de sus parientes más próximos. Hacía mucho tiempo que su padre había muerto y por este motivo su delito debía ser juzgado por el Tribunal de los Lutos y Desgracias personales. El muchacho, que no tenía abogado, alegó en su defensa que era joven, sin experiencia, atemorizado por su tutor y sin tener a nadie que pudiese aconsejarle en forma desinteresada.

—Joven—le contestó el juez severamente—, no se disculpe con sandeces. Nadie tiene derecho a tener pocos años, carecer de experiencia, dejarse atemorizar por su tutor y no tener quien pueda aconsejarle en forma desinteresada. Si con tamañas imprudencias ofende el sentido moral de sus amigos ha de contar con sufrir las consecuencias.

Mandó entonces al acusado que presentara excusas a su tutor, y le condenó a recibir doce latigazos con azote de nueve ramales (1).

Pero el lector podrá tal vez formarse un concepto más exacto de la absoluta perversión mental que impera en ese pueblo extraordinario si le refiero la vista pública de la causa seguida contra un hombre acusado de tisis pulmonar, delito que, hasta hace muy poco aún, castigábase con la pena capital. Tuvo lugar cuando llevaba ya varios meses en el país, y estoy apartándome del orden cronológico al referirlo aquí; pero me parece más conveniente hacerlo en esta forma, con el fin de agotar este asunto antes de pasar a tratar de los otros. Además no acabaría nunca si tuviese que seguir un método estrictamente narrativo y contar en todos sus detalles los mil disparates con que tropezaba a diario.

El acusado fué colocado en el banquillo y el Jurado prestó juramento en forma parecida a la que se sigue en Europa; imitaron casi todos nuestros procedimientos judiciales, hasta preguntar al acusado si admitía o negaba la acusación. La rechazó y siguió la vista. La prueba testifical le fué muy desfavorable; mas debo hacer constar, en honor a la equidad del Tribunal, que éste mantuvo una imparcialidad absoluta. Al abogado de la defensa le fué permitido alegar todo cuanto pudiera recaer en favor de su cliente; y su argumento era, que

(1) El famoso «cat-of-nine-tails»; literalmente «el gato de siete rabos».



el procesado simulaba estar tísico con el fin de estafar a una Compañía de Seguros con la cual estaba en tratos para gestionar una renta vitalicia, que de esa forma esperaba conseguir en condiciones más ventajosas. De poderse comprobar este extremo, se hubiera evitado el enjuiciamiento criminal, y el acusado habría sido enviado a un hospital como padeciendo enfermedad moral.

Pero esta tesis no podía sostenerse en buena lógica, pese a toda la habilidad y elocuencia de uno de los más célebres abogados del país. La cosa era bien clara, pues el acusado estaba casi moribundo ya y era de extrañar que no hubiese sido procesado y condenado mucho antes. No cesó de toser durante toda la vista y sólo a duras penas pudieron los dos carceleros que le acompañaban mantenerle en pie hasta el final.

El resumen del magistrado fué una cosa admirable. Insistió sobre cada punto que pudiera interpretarse en favor del procesado, pero pronto quedó manifiesto que testimonios tan abrumadores como los presentados no dejaban lugar a dudas, y cuantos presenciaban la vista tuvieron la misma opinión respecto al fallo inminente de los jurados, cuando éstos se retiraron a deliberar. Estuvieron ausentes unos diez minutos, y a su regreso el presidente del Jurado declaró culpable al procesado. Se oyó un ligero murmullo de aprobación, inmediatamente reprimido; y entonces el presidente de la Sala se levantó para dictar la sentencia haciéndolo en términos que no puedo olvidar y que anoté en un cuaderno de bolsillo al día siguiente, copiándolos de la información publicada en el periódico de mayor circulación. Me veo obligado a condenarlo un poco, y todo lo que pudiera añadir no daría sino una idea muy imperfecta del tono de severidad solemne, por no decir majestuosa, en el cual fué pronunciado aquel discurso. Hélo aquí:

«Procesado que ante nosotros comparece: ha sido usted acusado del grave delito de hallarse atacado de tuberculosis pulmonar, y después de prueba imparcial hecha ante el Jurado constituido por sus conciudadanos; se le ha declarado culpable. Contra la justicia de su veredicto no he de pronunciar una sola palabra: los cargos en contra suya han resultado abrumadores y sólo me resta dictar una sentencia adecuada a los fines que la ley persigue. Esta sentencia habrá de ser muy severa. Me duele hondamente ver a un hombre tan joven aún, cuyo porvenir se presentaba en todo lo demás tan lleno de esperanzas, llevado a tan lamentable trance por una constitución física que sólo puedo calificar de radicalmente viciada. Mas su caso no admite compasión: éste no es su primer delito; ha llevado usted una vida de crímenes y aprovechando la clemencia que le fué demostrada en ocasiones anteriores para delinquir aún más gravemente contra las leyes e instituciones de su país. El año pasado sufrió usted una condena por bronquitis con circunstancias agravantes; y veo que, no obstante tener veintitres años solamente, ha sido encarcelado hasta catorce veces por padecer enfermedades más o menos aborrecibles. En verdad, no exagero si digo que ha pasado usted la mayor parte de su vida en la cárcel.

Está muy bien que se defienda diciendo que ha nacido de padres enfermizos y que sufrió un accidente, siendo niño, que quebrantó para siempre su salud. En tales excusas buscan siempre refugio los criminales; pero la justicia no puede prestarles oído por un solo momento. No estoy aquí para entrar en curiosas disquisiciones metafísicas sobre el origen

de esto o de aquello, disquisiciones que no acabaría nunca si sólo por una vez se tolerase su introducción aquí, y que tendrían por resultado el hacer recaer toda la culpa de los delitos en los tejidos de la célula original, o sobre los gases elementales. No se trata aquí de saber cómo llegó usted a delinquir, sino únicamente esto: ¿ha delinquido o no? Esta cuestión ha sido resuelta en sentido afirmativo, y no dudo un solo momento en decir que ha sido resuelta en justicia. Es usted un malvado y un individuo peligroso y queda ante los ojos de sus conciudadanos marcado con el baldón infamante de uno de los crímenes más nefandos.

No soy yo quien ha de justificar la ley: la ley puede en ciertos casos tener durezas inevitables y es posible que en alguna ocasión me vea obligado a dictar una sentencia con pesar por no poder aplicar otra menos severa. Pero su caso es diferente; mas bien contrario; y si no estuviese abolida la pena capital para el delito de tisis se la hubiera aplicado ahora sin vacilar.

Sería intolerable que un ejemplo de tamaña perversidad quedase impune. Su presencia en la sociedad de personas respetables haría considerar como faltas sin importancia, a los menos vigorosos, toda clase de enfermedades; y no podemos permitir que le quede la posibilidad de pervertir a seres que aún no han nacido y que podrían más tarde importunarnos. No debe permitirse a ningún nonnato que se le acerque, y no tanto como protección suya (pues son nuestros enemigos naturales) como en nuestra propia defensa, ya que, no pudiendo rechazarlos completamente, hemos de cuidar de que estén deparados a quienes ofrezcan menos peligros de pervertirlos.

Pero independientemente de esta consideración, y aparte de la culpabilidad física que entraña un crimen tan grande como el suyo, existe además otro motivo que nos impide demostrarle la menor clemencia, aún cuando nos sintiéramos inclinados a ello. Me refiero a la existencia de cierta clase de hombres que viven escondidos entre nosotros y a quienes llaman médicos. Si llegase a relajarse en lo más mínimo, tanto la severidad de la ley como la presión de la opinión pública, esos individuos viciosos, que en la actualidad se ven obligados a ejercer clandestinamente, y que sólo pueden ser consultados arrojando los mayores riesgos, llegarían a visitar con frecuencia todos los hogares; su organización y su conocimiento de todos los secretos íntimos de cada familia les otorgarían un poder, tanto social como político, al que nadie sería capaz de resistir. El cabeza de familia se convertiría en subordinado del médico de casa quien se interpondría entre marido y mujer, entre amo y criado, hasta ver a esos doctores convertirse en los únicos poseedores del poder en la nación y tener a su discreción todo cuanto apreciamos y queremos. Entonces entraríamos en una era de degeneración física; vendedores de drogas de toda clase llenarían nuestras calles y publicarían sus anuncios en todos nuestros periódicos.

Existe un remedio contra ello, uno solo. Es el que las leyes de este país han adoptado y aplicado desde hace mucho tiempo y que consiste en la represión más severa de toda enfermedad, sea la que fuere, tan pronto como su existencia se manifiesta a los ojos de la ley. ¡Así fuesen esos ojos mucho más penetrantes de lo que son!

Pero no quiero insistir en cosas tan evidentes. Puede usted aducir que no es suya la culpa. La con-



testación es bien fácil y se reduce a lo siguiente: si hubiera usted nacido de padres sanos y ricos y hubiera sido cuidado con esmero cuando era niño, no hubiese violado las leyes de su país ni se hallaría en su vergonzosa situación actual. Si me objeta que no tuvo participación ni responsabilidad en su parentela ni en su educación, y que por lo tanto es injusto hacerle responsable de ambas cosas, le diré que tenga o no la culpa de estar tísico, el hecho es que la falta reside en usted, y que cumplo con mi deber cuidando de que la comunidad esté protegida contra faltas de esa índole. Puede usted decir que suya es la desdicha de ser un criminal; le contestaré que suyo es el crimen de ser desdichado.

Para terminar, debo advertirle que aun en el caso de haberle visto absuelto por el Jurado (suposición que no puede admitir seriamente), hubiera considerado como mi deber infligirle una condena casi tan dura como la que voy a pronunciar ahora, puesto que cuanto más inocente fuera usted del crimen que le ha sido imputado, tanto más culpable sería de otro casi tan odioso: me refiero al crimen de haber sido calumniado injustamente.

No dudo, por lo tanto, en condenarle a cadena perpetua, con trabajos forzados para el resto de su miserable existencia. Y le ruego encarecidamente que aproveche lo que le queda de ella para arrepentirse del mal que ha hecho, y para reformar completamente la constitución de su cuerpo. No tengo

mucha esperanza de que haga caso de mis consejos; sobradamente se ha entregado ya al crimen. Si sólo dependiese de mí, no habría de añadir una sola palabra para mitigar la sentencia que acabo de pronunciar; pero la ley, más compasiva, establece que hasta el criminal más empedernido pueda tomar uno de los tres medicamentos oficiales, el cual le será recetado en el acto de su condena; por consiguiente, mandaré que le sean dadas dos cucharadas de aceite de resino todos los días, hasta que el Tribunal tenga a bien ordenar nuevas medidas».

Al terminar de dictarse la sentencia, el procesado pronunció unas cuantas palabras, apenas perceptibles admitiendo que había sido justamente castigado, y que se le había juzgado con imparcialidad. Luego fué conducido a la prisión, de la que no debía salir ya con vida. Hubo una segunda tentativa de aplauso al terminar el juez su discurso; pero, lo mismo que la primera, fué reprimida en el acto, y aunque los ánimos estaban muy levantados contra el acusado, no se produjo la menor demostración de violencia contra su persona y sólo se oyeron algunos gritos que salieron de la multitud cuando subió al coche celular. Verdad es que nada me impresionó tanto, durante toda mi estancia en el país, como el respeto de todos hacia la ley y el orden.

Samuel BUTLER





# MAS IDEAS SOBRE LA EDUCACION

## I

No es posible invocar ningún motivo razonable para excluir de nuestros estudios el arte de la educación. Ya adoptemos el punto de vista de la dicha de los padres, ya el de la de los hijos y su descendencia más remota, nos es forzoso admitir que el arte de educar a la juventud, física y moralmente, es conocimiento importantísimo. Deberíamos colocarle al final de los estudios, para que sirviese como de coronamiento de éstos. Así como en lo físico la edad madura está caracterizada por la potencia generatriz, en lo moral se caracteriza por la capacidad de educar a los hijos. «El fin que a todos comprende y que debe, por tanto, constituir el punto capital de la educación, es la teoría y la práctica de la educación misma».

Por faltar esta preparación, el gobierno de los niños y en especial su gobierno moral, es lamentablemente malo. En la mayor parte de los casos, sobre todo en lo que a las madres se refiere, el modo de tratar a los niños, en cuantas ocasiones se presentan, depende del humor del momento. No se funda dicho trato en ninguna convicción razonada acerca de la conveniencia del niño, sino simplemente en el sentimiento, bueno o malo, que experimentan los padres, y varía de hora en hora con este sentimiento.

Si las inspiraciones de la pasión tienen por suplemento alguna doctrina, algún método definitivo, son las doctrinas y los métodos heredados, sugeridos por nuestros recuerdos de la infancia..., método que debe su existencia, no a los principios científicos, sino a la ignorancia de los tiempos. Comentando Richter el caos que reina en la opinión y en la práctica en materia de educación, escribe:

«Si se reunieran y aplicaran en un libro, para que sirviese de texto a un curso moral, los cambios secretos que experimentan la mayor parte de los padres, leeríamos frases y máximas como las siguientes: «Debe enseñarse la moral pura a los niños.» Segunda máxima: «Debe enseñárseles la moral mixta o la moral de la propia utilidad.» Tercera máxima: «¿No ves lo que hace tu padre?» Cuarta máxima: «¡Eres pequeño, y esto no conviene sino a las personas mayores!» Quinta máxima: «Lo importante es que medres y seas algo en el mundo.» Sexta máxima: «El hombre no ha sido creado para la tierra, sino para el cielo.» Séptima máxima: «Soporta la injusticia con paciencia.» Octava máxima: «Defiéndete con bravura si alguien te ataca.» Novena máxima: «Querido niño, no hagas ruido.» Décima máxima: «Los niños deben estar inmóviles.» Undécima máxima: «Obedece a tus padres.» Duodécima máxima: «Haz tu educación por ti mismo.» La madre es aún mucho peor que el padre; mucho peor que ese arlequín que aparece en escena con un legajo de papeles debajo de cada brazo y que, cuando se le pregunta

qué lleva debajo del brazo derecho, responde: «Órdenes»; y debajo del izquierdo: «Contraórdenes.» ¡A la madre sólo puede comparársela a un gigante Briareo que llevase debajo de cada uno de sus cien brazos un legajo por el estilo!

Herbert SPENCER

## II

La educación no crea un ser: facilita su acrecentamiento. Su raíz está en la vitalidad inicial del hombre, que se despliega bajo la influencia de los bienes de la civilización y los valores de la cultura. Cada niño, de modo inconsciente, toma una dirección vital, se determina autoactivamente, se mueve por fines propios, originarios, representa una individualidad inestable, un devenir. Dos fuerzas lo caracterizan fundamentalmente: el instinto de conservación y la capacidad de desarrollo. El primero no lo distingue de los animales; el poder de desarrollo, en cambio, es de mayor persistencia y riqueza en el hombre. El animal sólo necesita alcanzar la forma biológica a que está predestinado. El hombre está colocado desde que nace dentro de una vida de cultura cuyos contenidos debe recibir y aprender, y bajo cuya influencia se desenvuelve su naturaleza originaria, aumentando progresivamente su forma humana. La necesidad de crecer y madurar plenamente es el punto de partida del proceso educativo. No es admisible la idea, de procedencia rousseauniana, de que el niño pueda alcanzar espontáneamente con su crecimiento natural la formación y madurez necesarias para la constitución de su humanidad. Necesita atravesar un largo período de aprendizaje, cuya esencia no está, como se cree corrientemente, en la recepción del saber, sino en la interna sedimentación de su ser. Aún cuando la escuela no realiza toda la educación, en la parte que le incumbe no se reduce a enseñar simplemente un conocimiento, sino a capacitar para aprendizajes vivos. La escuela trabaja sobre edades en ascenso vital. Un estado inicial de posibilidades infinitas y un ideal de vida humana de variable realización constituyen la raíz y el sentido del proceso educativo. Este proceso se cumple en un crecimiento cuantitativo—devenir más— y cualitativo—devenir mejor— en el seno de la sociedad y la cultura. Crecimiento, como se advierte, presupone inmadurez y ésta no implica ausencia de poderes, sino potencialidad vital que requiere ser desarrollada y conducida. La formación de crecimiento de la vida del ser rodeado y estimulado por agentes y estructuras exteriores: la naturaleza, la sociedad y la cultura.

En su proceso de desarrollo, espontáneo y con-



ducido, el individuo se encuentra con los seres y poderes de la comunidad. Sus impulsos no siempre concuerdan con el complejo social, pero como el niño tiene que vivir en ese mundo necesita ayuda, conducción. Mucho más cuando debe estar, como en nuestra época, dentro de una civilización cambiante. La educación, particularmente la de tipo escolar, no puede desentenderse de la tarea de fomentar la forma de vida necesaria para una sociedad en inevitable mutación. Hay que poner al hombre al nivel de su tiempo. No es posible, por indiferencia educativa, dejarlo retrasado. El complejo de la realidad presente constituye uno de los condicionamientos culturales y educativos.

Cada individuo recoge de la vida del grupo una cantidad de elementos que vigorizan su ser y refuerzan la homogeneidad social: lenguaje, sentimientos, creencias, ideas, hábitos y normas comunes. La vida del individuo significa, por un lado, crecimiento biológico, y por otro, asimilación social, lo que es un acrecentamiento. Pero con esto sólo la formación humana sería insuficiente. Respondería al desarrollo de su ser psicofísico y a su acomodación en el grupo. Es lo que acontece en las sociedades primitivas y en la influencia cósmica o sistemática del mundo y la vida. La educación debe propender a algo más alto, más hondo que el crecimiento natural y la adaptación social, y para ello apela a formas de actuación consciente, a un régimen sistemático que se cumple por la acción de organismos pedagógicos y culturales. Necesita asegurar el desenvolvimiento del espíritu según su individual originalidad. La educación escolar debe ofrecerse como una igualdad de oportunidades para que se permita a cada uno llegar a ser lo mejor de que es capaz. Esto entraña respeto al valor de cualquier hombre, aun al de vida más humilde. Se ha dicho que esta igualdad de oportunidades es lo que más se acerca a la esencia de la democracia, régimen político-social cuyo perfeccionamiento depende de la educación del pueblo.

Como es sabido, no hay ideales educativos abstractos. Si la educación quiere ser—y tiene que ser—formación del hombre, no puede sustraerse de las realidades vitales y de los ideales que esas realidades son susceptibles de alcanzar. No puede prescindir de las virtualidades del individuo, pero no se agota en esos límites. Pensar o tener presente al individuo es pensar o tener presente a la sociedad en cuyo seno aquél realiza su vida. A la sociedad le interesa conservarse y asegurar su unidad, y esto lo logra comunicando a sus integrantes su acervo espiritual. Pero para que al mismo tiempo esa sociedad crezca y evolucione necesita permitir el desenvolvimiento de valores individuales a fin de que surjan personalidades independientes, espíritus creadores. Problemas aparentemente divergentes, pero con un punto de rigurosa convergencia: la educación a la vez que actúa en interés de la comunidad, cultiva lo peculiar humano del individuo como valor propio, irrenunciable e intransferible, que también interesa a la sociedad para su avance. Por eso al educador le es indispensable conocer las disposiciones individuales del alumno y fomentar su autoactividad como también preparar progresivamente el espíritu de comunidad y su derivada aptitud de autorregula-

ción para la vida social. Desde temprano hay que cultivar, sobre todo en los adolescentes, junto a la independencia individual, la aspiración al compañerismo. Educación para la independencia significa preparar para la vida en común sin hacer perder las virtudes individuales. Es en la vida en común donde se muestra la independencia. Poco o nada hacen las escuelas públicas en la preparación de ese espíritu. Imponen muy pronto una rigidez mecánica mediante un juego de jerarquías y sumisiones artificiales. Habría que revisar los métodos educativos para procurar una adecuada educación de las virtudes colectivas sin comprometer el sentimiento de individual independencia.

La educación es un proceso que se confunde con la vida misma y por ello, y a la vez, es simultánea e indivisiblemente individual y social. El individuo es un ser concretamente social, y así debe ser concebido por el tratamiento educativo.

Juan MANTOVANI

### III

La escuela es, primeramente, una institución social. Siendo la educación un proceso social, la escuela es simplemente aquella forma de vida en comunidad en la que se han concentrado todos los medios más eficaces para llevar al niño a participar en los recursos heredados de la raza y a utilizar sus propios poderes para fines sociales.

La educación es, pues, un proceso de la vida y no una preparación para la vida ulterior.

La escuela debe representar la vida presente, una vida tan real y vital para el niño como la que vive en el hogar, en la vecindad o en el campo de juego.

La educación que no se realiza mediante formas de vida, formas que sean dignas de ser vividas por sí mismas, es siempre un pobre sustituto de la realidad genuina y tiende a la parálisis y a la muerte.

La escuela como institución, ha de simplificar la vida social existente, he de reducirla a una forma embrionaria. La vida actual es tan compleja que el niño no puede ser puesto en contacto con ella sin experimentar confusión o distracción; aquél es o abrumado por la multiplicidad de actividades que surgen de tal suerte que pierde su propio poder de reaccionar ordenadamente, o está estimulado por esas diversas actividades de tal modo que sus poderes son puestos prematuramente en juego y llega así o a especializarse o a desintegrarse indebidamente.

Como tal vida social simplificada, la vida escolar ha de surgir gradualmente de la vida doméstica, y ha de asumir y continuar las actividades con las que el niño está ya familiarizado en su hogar.

La escuela ha de ofrecer al niño estas actividades y reproducirlas de modo que el niño aprenda gradualmente su sentido y sea capaz de desempeñar su papel con relación a ellas.



Ello es una necesidad psicológica porque es el único medio de asegurar la continuidad en el desarrollo del niño, el único medio de proporcionar un fondo de pasadas experiencias a las nuevas ideas dadas en la escuela.

Ello es también una necesidad social porque la escuela es una forma de vida social en la que el niño ha vivido y en relación con la cual ha recibido su educación moral. Es asunto de la escuela profundizar y ampliar el sentido de los valores concentrados en su vida de hogar.

Gran parte de la educación actual fracasa porque se olvida este principio fundamental de la escuela como una forma de vida en comunidad. Aquella concibe a la escuela como un lugar donde se dan ciertas informaciones, donde se aprenden ciertas lecciones o donde se forman ciertos hábitos. Todo esto se concibe como teniendo valor en un remoto futuro; el niño ha de hacer estas cosas por causa de otras que ha de hacer; así son una mera preparación. Como resultado, no llegan a ser parte de la experiencia vital del niño y no son realmente educativas.

La educación moral ha de basarse sobre esta concepción de la escuela como un modo de vida social, y la mejor y más profunda preparación moral es precisamente la que se adquiere entrando en las debidas relaciones con los demás, formando una unidad de trabajo y pensamiento. Los actuales sistemas educativos, en cuanto destruyen o descuidan esa unidad, hacen difícil o imposible adqui-

rir una verdadera y sistemática educación moral.

El niño será estimulado e inspeccionado en su trabajo mediante la vida de la comunidad.

En las condiciones actuales, una parte excesiva de los estímulos y de la inspección procede del maestro, por haber sido descuidada la escuela como una forma de vida social.

El lugar y el trabajo del maestro en la escuela han de ser interpretados sobre la misma base. El maestro no está en la escuela para imponer ciertas ideas o para formar ciertos hábitos en el niño, sino que está allí como un miembro de la comunidad para relacionar las influencias que han de afectar al niño y para ayudarle a responder adecuadamente a esas influencias.

La disciplina de la escuela ha de proceder de la vida de la escuela como una totalidad y no directamente del maestro.

La misión del maestro consiste sencillamente en determinar, sobre la base de una vasta experiencia y de un saber maduro, cómo la disciplina de la vida ha de establecerse en el niño.

Todos los problemas referentes a la graduación y promoción del niño han de determinarse con referencia a la misma medida «standard». Los exámenes sólo pueden aceptarse en cuanto comprueban la aptitud del niño para la vida social y revelan en el lugar en que puede prestar sus mejores servicios y en que puede recibir mejor ayuda.

John DEWEY





# POPPER-LYNKEUS

## O "EL MINIMUM DE EXISTENCIA"



TRAVESANDO, en 1928, el parque que se extiende delante del ayuntamiento de Viena, después de haber contemplado las alamedas de monumentos «históricos» y «oficiales», fui impresionado por una pequeña estatua blanca. Más exactamente: un pedestal con un busto. Me hizo el efecto de un objeto curioso frágil comparado a la masa de piedra dentellada del «Ratahaus». Una figura de anciano: frente inmensa, perfil puro, voluntario, suavizado por espesos bigotes una mirada a doble vista, llevada sobre los transeúntes y, al mismo tiempo, sumergida en sí mismo. El rostro de un sabio, calmo, sereno. Mas algo de profundo y trágico, algo de amargo y ardiente palpitaba en ese busto sobre el cual lei entonces negligentemente un nombre: «Josef Popper-Lynkeus». ¿Quién era? No hacía ninguna conjetura: ¿Hombre político? ¿Consejero municipal? ¿Filósofo o bienhechor al cual la «sociedad» ofrece homenajes póstumos?... Un año después, en la misma Viena, el título de un libro en una vitrina atrajo mi atención: «Die Allgemeine Nährpflicht als Lösung der sozialen Fragen», por J. Popper-Lynkeus. Pero no percibí ninguna relación con el busto del parque del ayuntamiento. Y un nuevo año pasó...

En 1930, en ocasión de mi encuesta mundial sobre «Los Caminos de la Paz», recibí una carta firmada por Félix Frankl, presidente de la sociedad «Allgemeine Nährpflicht» (Servicio Alimenticio General) de Viena. Fué Stefan Zweig quien había atraído su atención sobre su actividad, y es así que aprendí de repente que existe una acción fundada sobre una ideología aproximándose estrechamente del humanitarismo. «Nuestra Sociedad, me escribió el presidente, que se ha impuesto como tarea la propaganda de las ideas de Popper-Lynkeus, y sobre todo las de «Allgemeine Nährpflicht», se ocupa también de servir en el sentido de estas ideas y tanto que sea posible, todo lo que podría contribuir a garantizar la existencia del hombre... He leído algunos números de la revista llevando el mismo título que el de la Sociedad. Más tarde, una serie de folletos: el capítulo que R. N. Cudenhove-Kalergi ha dedicado a Popper-Lynkeus: «Nährpflicht und Poneuropa» y «Sozial-Demokratie und Allgemeine Nährpflicht», por Félix Frankl; un estudio bio-bibliográfico inspirado y ricamente documentado de Adolf Gelber; el resumen de Walther Marcus con extractos de la obra esencial de Popper-Lynkeus

Es así que se me revelaron una vida y una obra igualmente impresionantes y dignas de ser conocidas por todos. Popper-Lynkeus (1838-1921) ha verdaderamente dado el ejemplo de un heroísmo encarnizado y renovándose cotidianamente, el ejemplo de un entero sacrificio para ilustrar algunas

verdades fundamentales y para indicar a la humanidad un camino que la liberaría de sus sufrimientos. Este pensador, ciudadano de la humanidad en toda la fuerza de la palabra, nació en la miseria, dentro del Ghetto de un burgo situado en Bohemia, y durante ochenta años luchó contra la pobreza y la enfermedad, contra el oscurantismo oficial, contra la indolencia o bien aun contra la falta de inteligencia de los privilegiados y el cobarde silencio de los pseudo-intelectuales que anidan en las redacciones de los periódicos y en los institutos científicos. Ha enormemente y duramente trabajado para instruirse y para ganar su vida. No tuvo éxito tampoco en ser recibido como asistente de la cátedra matemática de la universidad de Praga y es con gran pena que obtuvo una colocación de «expedicionario» en el ferrocarril. Fué enviado a una pequeña estación del Banat, más tarde, por causa de enfermedad, debió retornar a Viena; bien que haya sido uno de los precursores de la técnica aérea, trabajó penosamente para poner en práctica una patente industrial. Se le deben descubrimientos importantes en el dominio de la física, la electricidad, la aerotática, que no pudo poner en valor, pero que fueron escamoteados por otras personas más «prácticas» que obtuvieron riqueza y honor gracias a su trabajo científico.

Sociólogo, filósofo, dotado de notables cualidades literarias, Popper-Lynkeus ha expuesto sus ideas en más de veinte obras y ha examinado las manifestaciones de la vida humana con un profundo entendimiento y una excepcional penetración. No tengo la intención de exponer a fondo todas sus búsquedas. La simple enumeración de algunos títulos va a indicar la extensión de su pensamiento: «El derecho de vivir y el deber de morir», consideraciones social-filosóficas, en relación también a la importancia actual de Voltaire, al cual ha dedicado un volumen especial. «El príncipe Bismarck y el Antisemitismo» (en su penosa lucha para asegurarse los medios de existencia, la calidad, de judío de Popper-Lynkeus se volvía un «argumento» de más contra él. «Los progresos técnicos, según su importancia cultural y estética»: Fundamento de un nuevo derecho del Estado; «El individuo y la apreciación de las existencias humanas», consideraciones sobre el yo y la conciencia social. Obras de literatura o de crítica rigurosa: «Las fantasías de un realista» y una serie de ensayos sobre la guerra, el servicio militar, los tratados de paz y de arbitraje, la Liga de las Naciones, etc. Obras póstumas: «Sobre la religión; La filosofía del derecho de Estado», publicadas por Margit Ornstein.

La autobiografía de Popper-Lynkeus representa en su sinceridad un testimonio apasionado y, al mismo tiempo, una acusación de las más formidables contra una sociedad que martiriza a sus genios creadores y no quiere o no puede comprender su sabiduría, obligándolos a vegetar en la



sombra, como los mineros en las profundidades del subsuelo

— \* —

Me he propuesto bosquejar en estas pocas páginas la relación que existe entre el humanitarismo moderno y la concepción de Popper-Lynkeus, tal cual se encuentra desarrollada en su obra esencial: «Die Allgemeine Nährpflicht als Lösung der Sozialen Frage» (El servicio alimenticio general como solución de la cuestión social).

En respuesta a mi encuesta sobre «Los Caminos de la Paz», Félix Frankl escribe, después de haber reconocido la necesidad de una Internacional Pacifista como suprema federación apolítica de todas las organizaciones pacifistas: «No puedo separar la idea de la paz de todos los otros esfuerzos en vista de la solución de la cuestión social, ya que una paz duradera no me parece posible en tanto que los hombres no estarán pacificados y su existencia faltará de garantía. Y es por eso que pongo todas mis fuerzas al servicio de este problema del cual se ocupa en primer lugar la sociedad «Allgemeine Nährpflicht» para servir al humanitarismo en el sentido de las ideas de Popper-Lynkeus.» Frankl precisa que ante todo es necesario que se garantice la «paz social»; solamente, eso no será posible en tanto que la lucha por la vida cambiará en bestias feroces a los hombres civilizados. A cada hombre y a cada nación las condiciones vitales deben ser garantizadas de una manera solidaria, por medio de una técnica social, se debe favorecer la «alegría de vivir» y es entonces que la paz social y la paz entre las naciones seguirán. El autor termina su respuesta por las palabras de Popper-Lynkeus, «el gran amigo de los hombres»: «En tanto que es aún posible que «un solo individuo» padezca hambre o falta de garantía en lo que concierne sus medios de existencia, mientras eso ocurra la organización social entera no vale nada.»

La respuesta de Félix Frankl pone en evidencia el punto de vista de los partidarios de la «Allgemeine Nährpflicht». Popper-Lynkeus ha examinado la estructura económica, social y ética de la vida humana con tanta clarividencia como precisión, lo que nos autoriza plenamente a poner su obra «Die Allgemeine Nährpflicht» al lado del «Capital» de Karl Marx. Y eso no en calidad de simple suplemento, «sino al contrario en calidad de correctivo». Popper-Lynkeus siendo uno de esos hombres que, durante toda su vida, han sufrido la influencia de las grandes iniquidades y de los horrores sociales, estuvo obsesionado por la cuestión de la garantía de un «minimum de existencia». Proclamó el «derecho a la vida», pero no con la actitud de un vencido; proclamó ese derecho con la plena consciencia del hombre que, poseyendo las posibilidades técnicas e intelectuales de progreso, se rebela contra la miseria «artificial», mantenida por la legislación arbitraria, despótica, de los privilegiados y por la ignorancia forzada de millones de obreros. «El reconocimiento del derecho a la vida», escribe, «tal es el fin al cual debe tender la humanidad. He ahí en qué consiste el núcleo del sentimiento humanitario; tenemos ahora necesidad de él más que de otra cosa. Humanidad, amistad humana—no nos sobresaltemos a la lectura de esta palabra tan fastidiosa para tantas per-

sonas:— amor hacia los hombres por cierto si, es amor lo que precisamos en la vida económica del pueblo».

Este postulado que suscribe cada humanitarista, no es sin embargo el resultado de la sentimentalidad o de la pura moral. Que los economistas que no creen más que en las realidades que se dejan expresar en valores comerciales, en el curso de la Bolsa y en cuadros estadísticos, no se den prisa en burlar esta declaración del amor como elemento esencial de la vida económica. La palabra «amor» toma aquí la significación activa de paz y de solidaridad. Así como lo demuestra Coudenhove-Kalergi en su estudio ya mencionado, Popper-Lynkeus va tan lejos en su respeto de la vida, que no admite ningún ideal, fuese el más elevado, al cual el individuo debería sacrificarse contra su voluntad. Esta manera de comprender las cosas exige la negación de la pena de muerte como la del servicio militar obligatorio. «Cada uno es libre de morir por sus propios ideales; pero es en todos los casos un crimen hacer morir a alguien por «sus» propios ideales».

Popper-Lynkeus coloca el individuo al centro de sus investigaciones, no lo considera de ninguna manera como una abstracción, como una cifra entre una totalidad absoluta. Toda reforma social debe tener por fin mejorar la vida individual y no la de la «sociedad» que no es en realidad que un conjunto de individuos. Es porque Popper-Lynkeus no admite esas condiciones sociales que sacrifican al individuo, bajo pretexto de una felicidad futura y bastante problemática de la colectividad. Su crítica del socialismo marxista está basada, como lo demuestra Frankl en «Sozialdemokratie und Allgemeine Nährpflicht», sobre el hecho que el socialismo persigue, en primer lugar, fines políticos de clase y que confina al segundo plan la ética social, cuyo postulado es la garantía de un minimum de existencia para cada individuo. Extraño que eso pueda parecer, el efecto de la lucha de clases está enteramente opuesto al fin perseguido. Los socialistas quieren conquistar el poder político para transformar la sociedad capitalista y el estado militarista en sociedad socialista. Pero hasta ahí los socialistas se sirven en la lucha de los mismos métodos que sus adversarios: hacen uso de la violencia (que consideran como transitoria) y de la intolerancia (que impone un dogma social con soluciones en el porvenir y sacrificios en el presente). Al pasar, indiquemos que hemos desarrollado esta cuestión en un capítulo de la obra «El Humanitarismo y la Internacional de los Intelectuales» (1922), luego en «Humanitarismo y Socialismo» (1925), un volumen de polémicas con Iothar Radacanu, ex-secretario general del partido socialdemócrata de Rumania.

Los sindicatos, las uniones cooperativas y las otras formas de organización de la vida proletaria contra la opresión capitalista, han desde ahora conducido a notables resultados: jornada de ocho horas (y aun menos), seguro contra las enfermedades, los accidentes y la vejez, vacaciones estivales pagadas, etc. Pero su actividad social está trabada por las finalidades políticas; y llega a menudo aun que la lucha política no pone solamente en peligro, sino que anula completamente lo que ya se había obtenido en el dominio social. La política retarda la solución de las cuestiones sociales, eco-



nómicas, pues prolonga, y a veces muy inutilmente, la lucha de clases. Indicamos igualmente la lucha en el seno de los partidos socialistas; la escisión entre socialistas y comunistas se reduce exclusivamente a razones políticas.

Popper-Lynkeus ha buscado una solución «inmediata». Un proverbio dice: «¡Boca de hombre y geta de perro, exigen pan!» Esta sabiduría popular, empírica, se impone aun al filósofo más sutil. Es necesario que se garantice un minimum de existencia a cada individuo, aun en la época donde «el proletariado no ha adquirido todavía la omnipotencia y no ha vencido aún plenamente al capitalismo». Para encontrar la solución real del problema social, es necesario partir del individuo: cada uno tiene derecho a las cosas necesarias a su existencia «sin depender de la voluntad de otro». Es una alta afirmación de la conciencia personal, es la protesta contra el parasitismo capitalista, pero también la condena anticipada del privilegio de clase o de partidos como ha sido introducido, por ejemplo, en Rusia, por el régimen «político» del comunismo, cuyas famosas «cartas de pan» presentan una amenaza perpetua para el que no apoyaría absolutamente la «línea general» fijada por los nuevos «salvadores».

La solución de Popper-Lynkeus se encuentra en el «servicio alimenticio general» en oposición al «servicio militar obligatorio» que es característico del sistema capitalista. Ha examinado el desenvolvimiento de la vida económica, la esencia de las realidades sociales, para proclamar, de las alturas de los ideales éticos—más allá del marxismo político—el derecho del individuo, y para sostener ese derecho contra las vagas concepciones sociológicas y contra las «abstracciones» colectivistas. Poniendo la técnica exclusivamente al servicio de la producción y de la acción creadora, llega a la visión grandiosa y sin embargo verídica de un «ejército alimenticio» (Nährarmee). Prueba gracias a cifras estadísticas y a cálculos precisos que este ejército es perfectamente realizable; en un sentido existe ya, pero sin estar organizado de manera a poder asegurar a cada individuo el minimum de existencia. Ese minimum comprende: alimentación, morada, mobiliario, vestido, ayuda medical, higiene y todo eso acordado sin ninguna preferencia a cada individuo.

Todo lo que excede ese minimum de existencia, es considerado como un lujo. Para asegurar la producción y repartición de ese minimum, es necesario que se introduzca el deber de trabajar. Esto, para cada miembro de la sociedad, según sus fuerzas y aptitudes. Conformemente a los medios técnicos, el servicio obligatorio asegurando la alimentación, el vestido, etc., se extendería para los hombres, desde los dieciocho años a los treinta años y para las mujeres desde los dieciocho a los veinticinco años, es decir, trece y ocho años respectivamente, el trabajo cotidiano siendo de siete a siete horas y media. (Evidentemente, la duración del trabajo cotidiano sería menor si las condiciones técnicas fuesen mejores). Después del cumplimiento de ese servicio, el minimum de existencia sería asegurado a cada individuo para todo el resto de su vida. Popper-Lynkeus nos demuestra que ese servicio general es suficiente en cuanto a la duración, para procurar todo lo que es necesario a la vida humana. No es necesario el decir que el dinero perderá su potencia absoluta en estas nuevas circuns-

tancias. Se distribuirá ese minimum «in natura», bajo forma de cambio de producciones. Independientemente del «minimum de existencia», se mantendrá un «minimum cultural» que será distribuido en formas de dinero, para que quienes tienen necesidades de lujo («Luxusbedürfnisse») puedan satisfacerlas por el conducto del comercio libre. «Sólo hay las materias necesarias al minimum de existencia que serán fabricadas en las empresas colectivas de la sociedad». Para organizar ese minimum, es necesario que el suelo, las materias primas, las máquinas, etc., sean propiedad colectiva. El ministerio de la alimentación («Ministerium für Lebenshaltung») se vuelve de este modo la institución económica más importante. Además de las empresas de Estado, que están destinadas al minimum de existencia, subsisten los monopolios (el correo, el telégrafo, los ferrocarriles). En estas empresas no se puede ser empleado que tras haber cumplido su cuota de servicio general. «Finalmente, existe aún la economía privada libre, con compra y libre concurrencia, por la cual se produce y puede procurarse todas las cosas que no son de necesidad vital».

De estas pocas indicaciones (que sólo pretenden dar una idea de la extensión de los problemas que Popper-Lynkeus trata en su «Allgemeine Nährpflicht») resulta que el autor mantiene los principios fundamentales del socialismo, sin no obstante, anular enteramente ciertas formas sociales actuales. Es un «socialismo liberal» sostenido por el postulado individualista, el cual exige la admisión de una libre concurrencia en todos los dominios que no están incluidos en los círculos estrictos del minimum de existencia, es decir en el dominio del lujo y de la cultura. Cuando el individuo ha cumplido su parte del trabajo común, está entonces completamente libre—según sus facultades intelectuales, su estructura psíquico-física, su celo y sus tendencias espirituales—de satisfacer a las necesidades propias, de su personalidad y que se sobrepone a las necesidades elementales y fatales de la vida terrestre.

—\*—

La concepción del «servicio alimenticio general» se adapta al humanitarismo moderno como un elemento esencial. Para justificar esta posición, sería necesario una exposición más detallada. El que conoce el contenido de la concepción humanitarista, acepta el «Allgemeine Nährpflicht» no como una simple solución ingeniosa sino sobre todo como una respuesta lógica a las cuestiones económicas y, como ya hemos dicho, como un correctivo del socialismo. En otras obras, hemos condicionado el progreso del humanitarismo a la realización del socialismo sin aceptar en bloque al marxismo y bien menos aun el «dogma político» de los partidos socialistas: la crítica a la cual los hemos sometido en nuestros trabajos, se acorda en su tendencia general con la de Popper-Lynkeus. Por caminos diferentes hemos llegado a esos puntos de cruce en donde esperan pacientemente las verdades comunes, tal cual resultan de realidades permanentes y comunes.

El humanitarismo que, por sus elementos biológicos, técnicos, económicos y culturales ha entrado en su fase positivista (como lo reconoce también F. Frankl en una carta del 2 de junio de 1930),



proclama como realidades absolutas: el individuo y la especie, la célula y el organismo. Las formas sociales: la familia, la clase, la nación, el Estado, etcétera, son transitorias, sometidas a la evolución de las épocas sociales. Cuando esas formas sociales se vuelven fijas, retrógradas y traban el desenvolvimiento libre y armonioso del individuo, cuando contradicen o niegan los ideales y los «intereses» generales de la humanidad, es entonces que esas formas sociales deben ser eliminadas, o bien transformadas según el momento de evolución de la humanidad.

En sus conclusiones las más extremas, nuestro humanitarismo es apolítico y antiestatista. Apolítico porque no importa qué política, sea de derecha o izquierda, sólo es la expresión de la avidez del poder, de la tendencia de dominación, que conducen al ejercicio de la fuerza armada, después de haber desencadenado las bestias feroces de la intolerancia, del odio y de la mentira. La política (y no solamente la jauría odiosa de los políticos) es parasitaria. No crea de ninguna manera valores técnicos, económicos o científicos, sino que los explota en favor de una minoría. Instituye los privilegios de la familia, la clase y el Estado.

Nuestro humanitarismo no resulta de una simple negación anárquica de la sociedad, no podemos sin embargo practicar el fetichismo del Estado como lo practican aun los socialistas marxistas y los comunistas. En el cuadro nacional, el Estado es la totalidad de las instituciones y de las empresas colectivas las cuales han caído poco a poco bajo la dominación de los hombres políticos; son ellos que en realidad dirigen la máquina gigante con sus innumerables engranajes. El Estado no evoluciona en razón de las realidades sociales: la primera de sus leyes, es la «inercia». Si hay, no obstante, movimiento, el Estado no se mueve en línea recta, y no conoce tampoco la línea que, en forma de espiral, se eleva hacia nuevos horizontes; es en círculo que se cumple todo movimiento del Estado, conservador por esencia, con el mismo centro, con el mismo eje; es solamente el radio del círculo del Estado que tiene la tendencia a extenderse. La gigantomanía, la tendencia al crecimiento ilimitado y, pues, a la absorción ilimitada, vuélvese fatal para el Estado: prepara su ruina. El que sabe como hojear las páginas de la historia, encontrará en ellas, numerosos imperios, reinados y repúblicas que han desaparecido por gigantomanía, lo mismo que los plesiosauros, monstruos prehistóricos, errores y horrores que han a la larga desembarazado la naturaleza.

Cuando llega a su apogeo, el Estado es comparable a un caparazón de bronce cubriendo el cuerpo vivo de una colectividad de la cual impide el libre funcionamiento. Es una cosa que difiere absolutamente de la satisfacción de las necesidades individuales y sociales por la organización directa, por el apoyo mutuo, por la cooperación. El estatismo es otra cosa: limita las necesidades individuales, explota las realidades sociales. El Estado actual representa también el egoísmo nacional levantado contra la interdependencia universal. El Estado se arroga el monopolio de los ideales colectivos, para disimular su método brutal de opresión económica, de servidumbre política y de falsificación cultural al uso de millones de obreros, manuales e intelectuales. Captando todas las fuentes de la vida material—y en gran parte también las de la vida

intelectual y espiritual—el Estado no deja al individuo la plenitud de la existencia: el Estado implica la disposición del individuo—carne de trabajo, carne de cañón—en provecho de algunos privilegiados, los protegidos del régimen político en «el poder».

Es porque somos apolíticos, bien que no neguemos las luchas «sociales»; es también porque somos antiestatales, bien que no neguemos las exigencias de la vida colectiva. Encuadramos las colectividades étnicas en la realidad total de la humanidad, cuyas condiciones de progreso son: el pacifismo activo, integral y el internacionalismo económico y cultural. Sus «armas» de combate no son otras que el amor (lo que implica también la «conciencia de la especie») y la libertad (que exige, empero, de cada individuo el desenvolvimiento de todas sus cualidades creadoras). Por consecuencia, el humanitarismo quiere poner de acuerdo todas las condiciones exteriores—las de naturaleza biológica, económica y técnica—con las aspiraciones idealistas que conciernen la cultura y la ética. En una palabra: paralelismo entre el progreso exterior y el progreso interior. Verificación de la idea por la acción. Igualdad social-económica, sobre la base de la cual deben erigirse los diversos palacios de «la libre competencia espiritual»: los palacios de la ciencia y la poesía, del arte, la filosofía y la ética de cada día.

— \* —

La concepción de Popper-Lynkeus que proclama para cada individuo el derecho al minimum de existencia y que da en el «servicio alimenticio general» la solución del problema, es pues una contribución de la más gran importancia práctica y moral al humanitarismo. En cuanto a nuestra actitud hacia el socialismo y el comunismo, está determinada por el método que socialistas y comunistas persiguen en su «lucha política». Bien que hayan izado la bandera de los ideales generales humanos, los «rojos» continúan practicando el fanatismo militarizado, la intolerancia inquisitorial. La aserción que este método idéntico les es impuesto por la resistencia armada de sus adversarios es pueril, sino absurda. La identidad de los medios tiene sobre todo a la identidad del error: «La conquista del poder político» que mantiene el fetichismo del Estado.

Es la historia quien nos da esta enseñanza: «un orden nuevo, establecido por la violencia, no se mantiene que por la violencia y desaparece finalmente por gigantomanía, bajo los golpes de otra fuerza «revolucionaria». El pacifismo incluido en la concepción de Popper-Lynkeus presenta para nosotros algo más que un motivo de atracción: ese pacifismo es la conclusión, a la vez natural y ética, de toda cooperación basada sobre el individualismo y la libre cooperación. Estoy bien convencido, a pesar de que se sirva aún en su dialéctica de la palabra «Estado», que Popper-Lynkeus ha desembarazado esa noción de todo contenido absolutista, del autoritarismo que caracteriza al Estado actual. Para el autor que ha escrito «El yo y la conciencia social», el Estado solo puede ser una manifestación fragmentaria—dentro de sus fronteras nacionales—de realidades sociales y económicas, pero liberado del parasitismo y de la rapacidad de los privilegiados políticos; y eso es posible por la institución de un «ejército del trabajo» (Nährarmee) que reúne



en un esfuerzo creador a todos los individuos, en nombre del derecho de vivir, y no en nombre del «deber» de hacerse matar por los «ideales» ajenos que apenas le importan.

Si no obstante, en la concepción de Popper-Lynkeus, otra interpretación del Estado fuese posible, entonces todo ese grandioso despliegue de lógica, de verdad y de humanidad que encontramos en su obra, sería vano. Sería entonces una trágica decepción. Finalizaríamos en la absurdidad, tal cual lo haría un trabajador que lanzaría los tesoros de la tierra en el abismo sin fondo de la esclavitud y de la guerra, en lugar de llevárselos a sus hermanos de miseria y de fé. En el pensamiento de Popper-Lynkeus, el Estado del porvenir no puede ser otra cosa que el triunfo de una economía racional, puesta al servicio de la humanidad, del «amor humano», con la ayuda de la «técnica social», la ciencia y la ética. Es bien «ese» Estado el cual representará el potente orden apolítico de la industria, la agricultura y el comercio y que funcionará bajo el control de los positivistas idealistas de largos alcances y no bajo la dictadura de los «Realpolitiker» que consideran al individuo y también a las masas, como arena en una argamasa al uso de las «instituciones superiores» (1). El ministerio del minimum de existencia tendrá que resolver las cuestiones vitales de la colectividad en el cuadro de no importa qué Estado nacional; ese ministerio deberá estar en contacto permanentemente con los mismos ministerios de las otras naciones, pues la interdependencia en los dominios de la técnica, la ciencia, la cultura y aun el arte se ha vuelto hoy una ley universal.

Mencionemos al pasar que un «ministerio del minimum de existencia» tendría también la tarea de estudiar las emigraciones humanas en relación a las necesidades de la producción y de una reparación racional de los productos. El profesor Raphaël Dubois ha demostrado en sus muy pocas conocidas «Lettres sur le pacifisme scientifique» (Edit. Delpeuch, Paris, 1927), que una «carta de las las emigraciones humanas» según la ley de la «anticinesis», podría contribuir más a la desaparición de toda guerra que centenares de «reformas» o de «revoluciones sociales», que serán siempre limitadas o falsificadas por una política de estrechos alcances. La autoarquía no es más posible en ningún país, en ningún continente. Así que lo ha demostrado el profesor G. Fr. Nicolai en su «Biología de la Guerra», la tierra está achicada merced al progreso de la técnica y la puesta en evidencia definitiva de esta realidad que representa «el organismo

de la humanidad». El profesor Nicolai ha escrito en el prefacio de una de mis obras (1): «El acuerdo completo de los intereses de todos los círculos, de los obreros como los dirigentes, conduce a una administración unitaria de un mundo achicado.»

Nuestro planeta parece en verdad a una habitación de resonancia en donde se acumulan todos los gritos de dolor y de la lucha de una humanidad que no ha llegado aún a la conciencia de su unidad biológica y a esta solidaridad moral, tal como han sido proclamadas por algunos profetas martirizados, por algunos sabios solitarios, entre los cuales se encuentra Popper-Lynkeus.

— \* —

La incorporación de la concepción del «Servicio alimenticio general» en el humanitarismo moderno, tiene también una justificación de orden práctico. El humanitarismo abraza todos los elementos de la evolución civilizadora. Partiendo del individuo, llega a la unidad de la especie y eso implica también la unidad social-económica. El humanitarismo tiende a «la humanización del hombre», lo cual no es un... pleonismo, sino una necesidad absoluta. La mayoría de la humanidad de nuestros días vive en condiciones poco naturales, condiciones creadas por aberraciones políticas. La libertad natural de los animales está bien por encima de la «libertad» del ciudadano que cree aún en el espejismo del sufragio universal: Millones de «subhombres» son empujados, en rebaños, por supuestos «superhombres» hacia fines que los subhombres no conocen. Pero esos «superhombres» no constituyen la élite de la humanidad; son los malos pastores de los pueblos, los políticos que guardan los secretos de su dominación para su casta de privilegiados, los verdaderos superhombres, los genios creadores de la ciencia y el arte son utilizados por los «hombres de Estado» en beneficio de su pasajera gloria. Pero la cultura es una realidad, con leyes bien diferentes de las de la política. Las civilizaciones son frutos periódicos que crecen en el árbol milenar de la cultura. Esos frutos son mejores o peores según las épocas sociales. Ha llegado el tiempo en que los frutos de la cultura—síntesis del espíritu idealista y de la ciencia positiva—no sean más recogidos exclusivamente por jardineros armados que expulsan a esos niños hambrientos que son los pueblos y las razas...

En el curso de los años de recrudescencia del nacionalismo negativo, del fascismo y del comunismo—aparentados en cuanto a la práctica de los regímenes totalitarios de la derecha o izquierda—en el curso de estos años de crueldad financiera, de paro industrial y de marasmo de la intelectualidad, se siente a pesar de toda la verdad de la tragedia humana. ¿A qué sirven las banderas de tantos campos políticos, cuando no pueden ni darnos el pan cotidiano? ¿A qué sirven los discursos incendiarios, ya que no ayudan a edificar un refugio higiénico para la masa? ¿A qué sirven las doctrinas sociales (aun si están basadas sobre las obras de Marx y de Lenin) si la vida cotidiana de sus partidarios se ha vuelto una tortura física y moral. El que se demande resueltamente por qué persisten tantas

(1) «El Estado, somos nosotros mismos» (*Des Staat das sind wir selbst*), precisa Popper-Lynkeus en uno de sus ensayos reunidos en el volumen «Krieg, Wehrpflicht und Staatsverfassung». El Dr. Karl Habeck, uno de sus comentadores, insiste en un artículo especial (revista «Allgemeine Nährpflicht», julio 1926) sobre las ideas de Popper-Lynkeus en lo que concierne al Estado. Escribe: «¡Nosotros mismos! eso significa que los individuos sin clase (Klassenlosen) forman una comunidad. De toda la filosofía concerniendo el Estado, solo queda polvo y enmohecimiento. ¡Abajo todas las luchas de clase! El Estado somos nosotros; finalmente nosotros mismos» (pág. 27). La definición del Estado tal como es dada por Popper-Lynkeus, proclama que «la soberanía no reside más en la comunidad considerada como persona jurídica, sino solamente en el individuo (*einzelnen Individuum*). Cada uno es rey. Pero el Estado es un instrumento en la mano de los individuos sin clase, estos individuos, liberados de la dominación de los políticos, se han vuelto ciudadanos y soberanos...» (pág. 30).

(1) «El Humanitarismo y la Internacional de los intelectuales», Bucarest, 1922.



calamidades colectivas; por qué la revolución adopta también, la máscara de la guerra; por qué tantas tentativas de «asistencia social» están paralizadas; por qué el hambre maltrata al igual que las epidemias; por qué millones de obreros tiemblan, en su desnudez, bajo la sardónica mofa de los amos blancos o rojos; ese se dará finalmente cuenta que los reformadores y los «salvadores» (en particular los que han surgido después de la guerra mundial), bien que hayan proclamado algunas verdades, las han, sin embargo, aniquilado por su sectarismo, por su sed de dominación exclusiva, por su politiquería mezquina, bestial...

No se han elevado hasta la conciencia de la pura y elemental solidaridad humana, hasta esa moral práctica dedicada al progreso general... Casi todos esos falsos salvadores han explotado los ideales y los intereses generales en beneficio de su clase, su nación, su Estado. No han llegado ni hasta la fuente viva e inagotable del amor humano, ni hasta el respeto desinteresado de la existencia individual; han cultivado las ilusiones social-políticas, las abstracciones colectivas para desencadenar cataclismos guerreros o revolucionarios. El individuo ha sido considerado por ellos como un medio solamente—y no como un fin en sí mismo—instrumento obedeciendo ciegamente o materia prima en vista de «ideales superiores». Hoy nos debatimos todos bajo las ruinas de una sociedad basada sobre el odio y la iniquidad.

He aquí por qué la concepción del trabajo general para garantizar el *minimum* de existencia, nos parece hoy, de manera imperiosa, como una solución inmediata. «Inmediata, pero también permanente». Pues enseguida que por ese trabajo personal, que es a la vez un trabajo colectivo, los medios de vivir convenientemente, «humanamente» y dentro de la igualdad económica, están asegurados a cada individuo; en su momento mismo el primero y eterno problema de la existencia humana está resuelto. Y eso, independientemente de toda fe social, política, religiosa, científica, independientemente también de la clase, la nación, la «raza». ¡Sobretudo y en primer lugar, el derecho de vivir! Luego, cada uno podrá satisfacer sus necesidades de lujo: estéticas, espirituales, etc., por la libre concurrencia en esos dominios suprainordenados donde estén las cualidades personales, las facultades excepcionales y las aspiraciones hacia la perfección que deciden.

Ese *minimum* de existencia que está asegurado al pájaro en el bosquecillo y a la bestia en la selva, por el sencillo juego de las leyes de la naturaleza—ese *minimum* del cual el hombre primitivo gozaba en su vida limitada «pero solidaria», debe ser igualmente rendido definitivo en la sociedad moderna. Los hombres de nuestros días tienen la posibilidad de sobrevolar el Atlántico, pero no tienen, todos, el dinero necesario para tomar el tranvía, a fin de llegar a tiempo a la fábrica o a la oficina. Grande es el número de los que saben modelar, pintar, describir sus visiones trascendentales—pero tiritan en casuchas húmedas, languidecen en buhardillas sombrías, miran con envidia los escaparates cargados de pan y de frutos... Que también el hombre más sencillo comprenda finalmente esta sencilla verdad: que la liberación no puede llegar merced a nuevos dictadores, o a un nuevo «orden político»—sino únicamente por la utilización de todas las fuentes de producción (económicas, técnicas, científicas) en beneficio del de-

recho a la vida de cada individuo. Esto no será posible que por una solidaridad de abajo a arriba. Los discursos de demagogos—sean reaccionarios o revolucionarios—deben ser ahogados bajo un grito unánime: «Lo que queremos por nuestro trabajo cotidiano, es: la comida, la morada, el vestido...»

La evolución social se cumple lentamente. La sociedad socialista que nosotros, humanistas, queremos también, porque reconocemos en ella una forma superior de vida colectiva, va a ser establecida por todas partes: en algunos países está ya en vías de realización. Pero esta sociedad socialista está amenazada por el cáncer de la política, por esa política de clase, que provocara la revuelta de las otras clases sociales. Que no se responda a la ligera: «¡Pero el socialismo suprimirá las clases!»... La clase proletaria es un producto del orden capitalista. No se puede aún saber qué clase saldrá del orden socialista, cuando éste habrá alcanzado la fase de la gigantanasia política.

Antes de conquistar el «poder político», los socialistas tienen la posibilidad de organizar la vida individual (o más exactamente: la vida de sus partidarios inscritos en los sindicatos y en el partido) en el cuadro de un «*minimum* de existencia». Popper-Lynkeus ha probado que, desde hoy, y en una sociedad que no es enteramente socialista, semejante organización sería posible. A pesar de las luchas políticas, a menudo sangrientas entre el Schutzbund y el Heimwehr, por ejemplo, la ciudad de Viena presenta, en nuestros días, el ejemplo de una realización colectivista en lo relacionado a la morada, la higiene, la alimentación, etc. Evidentemente, esta realización era aun embrionaria, pero podría crecer incesantemente.

Bien que englobada en el sistema estatista y sacudida por luchas nacionales, Bulgaria—vencida en la Gran Guerra—ha reemprendido sin embargo sus fuerzas económicas más fácilmente que ciertos Estados vencedores. La causa es que allí ha sido introducido el «servicio civil», es decir el deber de cada ciudadano de trabajar durante algún tiempo en las obras de utilidad general (grandes carreteras, ferrocarriles) o bien en obras de su especialidad, pero a condición de que sirvan al bien público. Este trabajo está sometido aun a la administración del Estado y existe también la astucia y la opresión del régimen militar disfrazado. La forma de este trabajo obligatorio es aún empírica, pero los resultados no son menos evidentes. En el curso de un viaje que yo hice a Bulgaria, he visto estudiantes y funcionarios dedicándose al trabajo manual; profesores y hombres de letras tienen sus colonias cooperativas. Ninguno se quejaba de no obtener por ese trabajo agrícola o técnico lo necesario para su existencia o bien que le fuese imposible de ocuparse, trabajando así, de sus estudios y creaciones intelectuales. Al contrario, la mutua asistencia, la cooperación han echado raíces en las masas populares de Bulgaria. El vegetarianismo y la doctrina de Tolstoi son allí realizaciones de vasta envergadura, expresiones de una moral cotidiana, a la cual podrían aspirar también los pueblos de Occidente.

Solo he citado dos ejemplos para poner en evidencia el imperativo práctico del servicio general, para garantizar el *minimum* de existencia. Precisamos que ese trabajo colectivo para la alimentación es enteramente «diferente» que el trabajo forzado, esclavista, de los regímenes totalitarios.

Popper-Lynkeus poseía la clarividencia genial y



el espíritu ágil, aptos para penetrar en el mismo corazón de la realidad humana. Por su inteligencia, abrazó los problemas más diversos y los desmontó con la habilidad del técnico para construir, con la ayuda de viejos y nuevos elementos, la viva máquina de la solidaridad social. Su corazón de poeta ha vibrado ante los sufrimientos de sus semejantes, porque los sabía idénticos a los que él mismo había sufrido en el curso de una existencia encarnizada, tenaz, casi centenaria. Sabía bien rendir flexible su verbo de moralista, pero también hacerse menos tenso, lanzándolo como un látigo a la mordedura abrasadora. Ese gran hombre, íntegro, ardiendo de amor, se dió él mismo el nombre conveniente: «Lynkeus», el vigilante de penetrante vista. Tal cual lince que ve en la oscuridad, Popper-Lynkeus tenía el don de ver en la noche de las pasiones políticas y sociales.

Que los fanáticos marxistas y los profesores que sólo conozcan los tratados admitidos por las Academias, no se indignen si nos hemos a trevido a poner el «Allgemeine Nährpflicht» al lado del «Capital». Algunas inteligencias libres han emprendido la tarea de explicar e interpretar la obra de Popper-Lynkeus. Lo que nos da el derecho de creer en la eficacia de su acción, es que hay en su trabajo una crítica desinteresada y un individualismo fervoroso. Popper-Lynkeus no es para ellos un ídolo, sino simplemente un antecesor sobre la ruta que todos pueden seguir. Félix Frankl me escribía enteramente con claridad y nitidez: «No hay necesidad que os digamos que, en el punto de vista del método, no somos sectarios; sólo queremos contribuir a hacer más fácil la vida social de los hombres y a asegurar el desenvolvimiento de la cultura y de la paz» (carta del 2 de junio de 1930).

Hay verdaderamente bastantes teorías, doctrinas, dogmas. Popper-Lynkeus nos ha dado una idea clara y activa. Pero, como escribía Siegfried Pirker en su artículo, en ocasión de la inauguración de su busto, el autor del «Allgemeine Nährpflicht» no creía de ningún modo que su idea fuese una panacea universal de milagrosos resultados: «Es bien difícil el sacar a los hombres de su miseria; es en ellos mismos que se encuentran sus más encarnizados enemigos». Eso quiere decir que ninguna idea no es viable, si no ha sido realizada, en primer lugar, en la conciencia individual. «Pero lo que los hombres sienten por instinto, es la necesidad de un mínimo de existencia y demandan el tenerlo «desde ahora». A este efecto, precisa que transformen el instinto en idea y la idea en acción. Que esta idea

vaya de uno al otro, para cambiarse en fuerza creadora. Por solidaridad esta idea se realizará por doquier.

Es pues en el centro de los intereses permanentes de la humanidad, que se encuentra el trabajo general para asegurar la existencia. No es la reivindicación de una sola época, como los «ideales» políticos o bien los intereses sociales. Este imperativo corresponde a no importa qué época: está conforme con las tendencias naturales del individuo y de la especie humana. Es imposible de concebir un desenvolvimiento físico y moral de la humanidad en tanto que la parte más vasta viva en el terror del «mañana». El problema económico no será definitivamente resuelto, sino cuando los reformadores, renunciando a las vanas ambiciones políticas, pondrán las inmensas fuerzas de la naturaleza al servicio de la verdadera vida social. Al servicio del individuo y no de una clase; al servicio del hombre y no de un Estado.

Perseverando en considerar a la humanidad por encima de la sociedad, de ningún modo olvidamos que la humanidad es una realidad planetaria, pero individualizada en innumerables estómagos, corazones y cerebros. Es de buena gana que suscribamos la respuesta dada por el presidente de la sociedad «Allgemeine Nährpflicht» en su carta ya mencionada: «Sin ninguna duda, la humanidad está por encima de la sociedad, pero es precisamente esta humanidad social que exige (como nos lo dice Popper-Lynkeus) que no se olvide que es necesario dar lo preciso a cada individuo y no tratar en cantidad despreciable los individuos vivos en provecho de las venideras generaciones.»

El porvenir, es verdad, no tendrá de ningún modo más realidad que la que nos prepara el presente. Trabajemos desde ahora para que millones de familias no tengan su vida envenenada por ese miedo atroz de que no pueden tener más con que vivir. Procuremos serenar la frente de los que están torturados por la miseria; procuremos curar los corazones heridos por la iniquidad; procuremos darles, también, los medios de gozar los frutos de la ciencia, el arte, el pensamiento... Si no, llegaremos a hacernos esta pregunta del clarividente Popper-Lynkeus: «Entonces, ¿con qué vivieron todos esos individuos?».

Eugen RELGIS

(Traducción de V. Muñoz)





# EL MOVIMIENTO MAKHNOVISTA EN LA REVOLUCION DE UKRANIA

## III

### LOS ANARQUISTAS Y EL MOVIMIENTO INSURRECCIONAL



OS hemos referido varias veces ya a las relaciones íntimas que existían entre los anarquistas y el movimiento insurreccional, pero será necesario volver aún sobre esta cuestión a fin de fijar con claridad el carácter y el alcance de estas relaciones, y para ello nos serviremos de documentos «oficiales».

Para los anarquistas, la expulsión del ejército ocupante y la liberación de Ucrania constituía una necesidad estrechamente ligada al propio desarrollo de la revolución, que ya se había iniciado con anterioridad.

Archinoff—que estuvo largo tiempo entre los makhnovistas—nos explica los hechos en su libro sobre el movimiento makhnovista (1):

«Se dice muy a menudo que el origen de esta insurrección se debía exclusivamente al hecho de la ocupación austro-alemana y a la subsistencia del régimen autocrático (hetman). Esta explicación a más de insuficiente, es inexacta. La insurrección arraigó sólidamente en el ambiente y en los propios fundamentos de la revolución rusa. Fué una tentativa más, por parte de los trabajadores, para impulsar la revolución hasta su estadio integral: la verdadera, la completa emancipación y la supremacía del trabajo. La invasión austro-alemana y la reacción agraria no hicieron más que acelerar el proceso de la acción».

En este proceso revolucionario, el papel de los anarquistas no podía ser sino de los más activos. Vigorosa ya de hecho al principio, la actividad se acrecienta, se adhiere al curso nervioso de la vida y al desarrollo de los acontecimientos, tanto más que los anarquistas se hallaban siempre en el centro de toda acción, en el propio corazón de esta lucha que, en ocasiones, adquiere contornos épicos.

En una circular lanzada el 18 de noviembre del 1918 por el Secretariado de la Confederación de organizaciones anarquistas de Ucrania («Nabat»), para la convocación de la primera Conferencia de esta organización, se decía entre otras cosas: «Ukrania se ha hallado ya bajo el peso del régimen soviético, lo ha sentido sobre sí misma y más o menos ha podido apreciar su incapacidad para

reconstruir y cimentar la sociedad en los principios de la libertad integral y de la igualdad económica. Este hecho nos hace pensar que la próxima revolución en Ucrania podrá, desde el principio, orientarse por el terreno de la organización de las masas al margen de todo partido, convirtiéndose así en una revolución social que deberá dar vida a una ordenación social de tipo comunista-anarquista. La fuerza, la vitalidad, la fecundidad y la invencibilidad de la revolución que se orienta por este camino, será un ejemplo digno de ser imitado por los otros países, influirá, incluso, de esta manera, en el carácter de la Revolución Internacional, y le dará un fuerte impulso por el camino de la revolución anarquista» (2).

Habiendo llegado a estas conclusiones, los anarquistas que actuaban en Ucrania se vieron constreñidos a buscar y hallar el medio más serio y eficaz para orientar sus actividades—particularmente en aquel momento y condiciones—, de forma que no resultaron estériles, como hasta entonces había ocurrido en casi todos los sitios. Es decir, que la acción no se redujera sólo al aspecto negativo, sino que se lanzara hacia amplios horizontes y ofreciera medios para la creación de una vida nueva. Por esta razón afirmaban en su documento: «Es evidente que si queremos que la revolución no fracase, es absolutamente necesario determinar con preci-

(2) La Confederación de las Organizaciones anarquistas de Ucrania (Nabat), fué constituida a finales de 1918, época en que en esta región los comunistas no habían logrado aún imponer su dictadura. Esta organización se distingue sobre todo por una actividad positiva, concreta. Proclama la necesidad de una lucha directa e inmediata por una edificación social no autoritaria, y para ello se esfuerza en crear los elementos prácticos de base. Representa un papel importante por su labor de agitación y de propaganda extremadamente enérgica y contribuye en mucho a la difusión de las ideas libertarias en Ucrania. Publica, en diferentes ciudades, folletos y periódicos. Su órgano principal fué el diario «Nabate». Interesados en los problemas tácticos, los compañeros del «Nabat» intentan crear un movimiento anarquista unificado (basado teóricamente en una conjunción lograda a base de una «síntesis» anarquista), y tratan de reunir a los grupos activos del anarquismo militante, de todas las tendencias existentes en Rusia, en el seno de la organización general. Llegan así a unificar a casi todos los grupos de Ucrania y a englobar algunos de la Gran Rusia. Intentan incluso fundar una Confederación anarquista Panrusa.

(1) «L'Histoire du mouvement Makhoviste», pág. 73.

(Ver «La Révolution Inconnue», de Voline, páginas 238 y 239.



sión la finalidad a la que los anarquistas queremos llegar en el proceso revolucionario. Es necesario determinar clara e inequívocamente el objetivo que perseguimos y hallar los medios de trabajo prácticos que nos permitan transportar nuestra actividad desde el terreno crítico-destructivo al creador-constructivo» (3).

La Conferencia—que tuvo por fin lugar y que fué muy importante—adoptó como primera tarea la de «organizar todas las fuerzas vivas del anarquismo; unir sus diversas corrientes; unificar, para los efectos de una acción de conjunto, a todos los anarquistas que quieran tomar parte activa en la revolución social, comprendida ésta como un proceso más o menos largo de acción constructiva y creadora de nuevas formas de vida social, a base de un movimiento de masas organizadas» (4).

Otro de los puntos más importantes del Orden del día de aquella Conferencia era el tercero. Se refería éste al «Movimiento Insurreccional». La decisión fué clara:

«Teniendo en cuenta:

a) La necesidad de activar la lucha contra las fuerzas reaccionarias de toda especie, las que por su parte intentarán apoderarse de Ucrania para utilizarla como punto de apoyo;

b) La necesidad de introducir en esta lucha—hasta el máximo posible—el espíritu anarquista, orientando así en sentido anarquista la próxima victoria y la organización de las fuerzas de la revolución, la Conferencia reconoce la necesidad de una participación amplia y activa de los anarquistas en el movimiento insurreccional de Ucrania.

Habiendo demostrado la experiencia—en sus resultados negativos—la ineficacia de las formaciones puramente anarquistas, la Conferencia reconoce la utilidad de estas formaciones.

En cuanto a la participación de los anarquistas en toda clase de formaciones de insurrectos y de organismos no anarquistas, la Conferencia reconoce:

1.—Es indispensable la participación de los anarquistas en toda clase de formaciones de insurrectos, y particularmente en las formaciones de insurrectos (obreros y campesinos) sin partido, organizadas por los anarquistas.

(3) «Primera Conferencia de las Organizaciones Anarquistas de Ucrania («Nabat»). — «Declaraciones y resoluciones». — Edición «La Protesta», 32 págs., Buenos Aires, 1922.

(4) Consideramos útiles algunas explicaciones acerca de las tendencias generales existentes en el seno del movimiento anarquista rural.

Los *anarco-sindicalistas* ponían sus esperanzas en un movimiento obrero sindicalista libre, es decir, en los métodos de acción y de organización surgidos de este movimiento.

Los *anarco-comunistas* no contaban con los sindicatos obreros; sino que se afirmaba en la idea de las comunas libres y de sus federaciones propias como base de acción, de transformación y de construcción. Profesaban cierta desconfianza hacia el sindicalismo.

Por otra parte, los *anarco-individualistas*, escépticos ante el sindicalismo y ante el comunismo, incluso libertario, confiaban sobre todo en el papel del individuo libre. No admitían otra cosa que asociaciones de individuos libres como base de la nueva sociedad.

En el curso de la Revolución rusa surgió un movimiento en los medios anarquistas que trataba de conciliar estas tres tendencias, creando para ello una especie de «síntesis anarquista» y un movimiento libertario unificado. La Confederación «Nabat» fué la iniciadora de esta tentativa de unificación anarquista. Para más detalles, consultar la literatura anarquista, sobre todo los periódicos de los años 1900 a 1930. — Voline, obra citada, pág. 238.

2.—Es posible la participación de los anarquistas en todo género de organizaciones de insurrectos (Comités de guerra revolucionarios, estados mayores, etc.) en las condiciones siguientes:

a) Los comités de guerra revolucionarios y otras organizaciones similares habrán de ser interpretadas por los anarquistas únicamente en el sentido y alcance de órganos técnico-ejecutivos (que sirvan a modo de orientadores en las actividades puramente militares); pero bajo ningún concepto ni pretexto alguno podrán considerarse como órganos administrativos o ejecutivos que susciten, bajo no importa qué aspecto, el problema de la autoridad o que tomen ésta en sus manos;

b) Los anarquistas no podrán tomar parte en los organismos (Comités de guerra revolucionarios, estados mayores, etc.) de carácter institucional, ni en los dependientes de partidos políticos y autoritarios. Allí donde se encuentren, los anarquistas habrán de esforzarse por constituir organismos análogos, pero al margen de todos los partidos;

c) Los anarquistas pueden colaborar en los organismos que no se inspiren en un carácter político o autoritario. En el caso de producirse la transformación de los organismos en que participen en organismos de dependencia política, los anarquistas deberán abandonarlos y crear organismos análogos independientes;

d) Los anarquistas organizarán Comités de guerra revolucionarios allí donde éstos no existan.

NOTA.—En casos excepcionales, como por ejemplo en momentos críticos decisivos para el resultado de la lucha o cuando de ello pueda depender la salvación de la Revolución, es permitida la participación provisional de los anarquistas en los organismos militares revolucionarios que revistan incluso un carácter político, «pero únicamente a título puro y estrictamente informativo».

Después de esto, la Conferencia llama especialmente la atención de los militantes acerca de la necesidad ineluctable de:

«1.—No reducirse al hecho de constituir organismos combatientes y militares o al de participar como simples combatientes, sino consagrar todo el tiempo disponible a las actividades de la propaganda, tratando de desarrollar y de fortificar, en los miembros de los organismos y formaciones, ideas y costumbres de tipo y fondo anarquista; despertar el espíritu de iniciativa en torno a actividades propias, y de infundir y difundir los principios morales, culturales y fundamentales del anarquismo;

2.—No encerrarse en el círculo estrecho de los organismos o formaciones de combate, sino tratar de unir la vida y la actividad de éstos a la vida de las poblaciones, con la palabra y con los hechos; y de cultivar en las poblaciones la simpatía hacia los insurrectos, desarrollando una activa y consciente labor revolucionaria impulsando así a las poblaciones a apoyar a los insurrectos de manera efectiva.»

• • •

Las organizaciones de los anarquistas ucranianos del «Nabat» realizaron otros congresos en los que discutieron de nuevo estas cuestiones. El tercer congreso de los miembros efectivos de la Confede-



ración del «Nabat» tuvo lugar en circunstancias particularmente difíciles. Después del segundo congreso de marzo-abril de 1919, debía realizarse otro en el mes de agosto, pero éste no pudo tener lugar a causa de la gran ofensiva desencadenada en el mes de junio por el general blanco Denikin.

Esta ofensiva, y el consecuente progreso de las tropas de Denikin, habían dificultado toda posibilidad de relación entre los grupos, y finalmente el propio Secretariado del «Nabat» fué destrozado por los acontecimientos y sus miembros se vieron lanzados al desconcierto producido por la propia situación. Uno de ellos cayó prisionero de los guardias blancos en el otoño de 1919; otros dos lograron entrar en contacto con los makhnovistas y se unieron a éstos para luchar contra Denikin; el cuarto fué detenido en Moscú. En condiciones semejantes, las actividades debieron reanudarse en plena clandestinidad y por consecuencia en medio de dificultades enormes y con resultados extremadamente limitados.

El tercer congreso pudo reunirse un año y medio después del precedente, cuando multitud de acontecimientos habían modificado muchas situaciones y puntualizado ciertas posiciones.

En este congreso, que se desarrolló bajo la presencia de la Cheka (policía bolchevique) se trataron sobre los tres puntos siguientes:

1.º—Los principios; 2.º—Las tácticas; 3.º—La organización.

Sobre estos tres puntos se adoptaron resoluciones de gravedad e importancia.

En cuanto tenía relación a los principios cada cual requería que se respondiese a una cuestión precisa, es decir: «si las ideas fundamentales del anarquismo podían ser susceptibles de ciertas revisiones como consecuencia de las enseñanzas y de las experiencias de la revolución». El sólo hecho de que esta cuestión fuera planteada demostraba que era necesaria una explicación. Las preocupaciones que demostraron algunos congresistas en sus deseos de conducir al anarquismo hacia una posición más cercana a la adoptada por los bolcheviques y los afanes de otros delegados en el sentido de defender la posición clásica del anarquismo y profundizar más aún en el terreno de la revolución, hicieron de este congreso uno de los más importantes hasta entonces realizados. Entre los problemas predominantes descollaba en la preocupación sentida el que concernía al «periodo transitorio» con todas las consecuencias que no podía por menos de comportar. Seguía a este el problema de la «dictadura del trabajo», etc., etc. Sobre estos puntos las discusiones fueron tan animadas y fogosas que en cierto momento pareció que todo acuerdo habría de ser imposible y que la única salida probable sería la de la escisión. Pero la resolución, sobre la que la mayoría se halló de acuerdo, reflejaba con acierto y precisión el punto de vista anarquista sobre todas las cuestiones presentadas. He aquí el texto de los acuerdos tomados en torno a los puntos principales:

**«Resoluciones adoptadas por el Congreso de la Federación «Nabat», de los anarquistas ucranianos realizado entre el 3 y 8 de septiembre de 1920.**

1) Las afirmaciones de los detractores y de los desertores de la anarquía, en el sentido de que la Revolución habría demostrado las debilidades de la teoría anarquista, carecen de fundamento. Por el

contrario, los principios fundamentales que se desprenden de las enseñanzas aportadas por el anarquismo se demuestran indefectiblemente sólidos y se hallan incluso confirmados por la experiencia de la Revolución rusa.

Los hechos nos demuestran la necesidad de mantenernos firmes en la lucha contra toda forma de autoridad.

2) Los anarquistas reconocen que entre los primeros días de la Revolución de tendencia libertaria y la meta final de la anarquía: **El municipio anarquista**, habrá de transcurrir un espacio de tiempo durante el cual los restos de la antigua servidumbre se irán disolviendo a medida que las nuevas formas de la asociación libre se vayan elaborando en su entera efectividad. Este período, lleno de incertidumbres y de errores, pero de perfeccionamiento constante, puede ser titulado diversamente como «periodo de acumulación de experiencias antiautoritarias» o periodo de profundización de la revolución social», o también «de puesta en marcha del municipio anarquista».

Para definirlo de una manera convencional, puede llamarse también a éste periodo transitorio «paso hacia las formas perfectas de la vida social». Pero nosotros no recomendamos el empleo de ésta fórmula, porque encierra un sentido preciso y especial infundido en ella por el movimiento socialista, rígido y fijo.

La expresión «periodo transitorio» se halla en tal forma incluida en el programa de la socialdemocracia internacional, y por lo tanto tan impregnada del espíritu marxista histórico, que su adopción es de todo punto inaceptable para un anarquista.

3) Nos negamos asimismo a emplear la expresión «dictadura del trabajo», a pesar de los esfuerzos que algunos compañeros han empleado en pro de su adopción. Esta «dictadura del trabajo» no es otra que la llamada «del proletariado», que ha caído en una bancarrota tan clamorosa como prolongada: conduce en definitiva y fatalmente a la dictadura ejercida esta por una parte del proletariado **especialmente por parte de un partido**, por los funcionarios y por algunos dirigentes, sobre el resto del pueblo.

La anarquía es inconciliable con todas las dictaduras incluso con la de los trabajadores, que, dotados de una conciencia de clase, la ejercen sobre los otros trabajadores, aunque tuviera por finalidad la defensa de los intereses de éstos.

Nosotros nos hallamos convencidos de que el periodo de desarrollo de la revolución social puede ser la suma del perfeccionamiento de las experiencias anarquistas o, si se quiere, la «dictadura del trabajo», a condición entonces de que los intereses de los trabajadores predominen sobre los intereses de los parásitos. Se podría llamar también a este periodo «dictadura del consumo», o de la «justicia», o del «contrato» u otros tantos apelativos «estúpidos», porque todas esas características son observables en cada periodo, sin que por tanto pueda determinarse de mejor manera cuáles son los intereses que predominan: los del consumo o los del trabajo.

El examen de estos y de algunas otras cuestiones elementales nos conducen precisamente a excluir el contenido de la palabra «dictadura».

Una vez afirmado el concepto de la «dictadura», se acepta, como consecuencia lógica, la dominación de un Sudentord o de un Rennenkampf: la domi-



nación brutal y sin freno de la fuerza del Estado. La aceptación de la idea de dictadura en el programa anarquista aportaría a los espíritus una confusión imperdonable.

4) La Revolución preconizada por el anarquismo, aquella en la que predominan los principios del comunismo y los del «no uso» de la autoridad, encuentran numerosas dificultades en su desarrollo. Las fuerzas de la resistencia activa, interesadas en la conservación del régimen capitalista y autoritario, así como la pasividad y la ignorancia de la masa de los trabajadores, pueden crear circunstancias en las que el municipio anarquista, libre y organizado, podría alejarse de su ideal. Definir concretamente las diversas formas sociales del porvenir es cosa imposible por el hecho de que ignoramos el contenido cuantitativo y cualitativo de las diferentes fuerzas en presencia, de cuya resultante se constituirá la realidad. Por esta razón estimamos inútil elaborar un plan que habría de ser aplicado en un porvenir ignoto.

Nosotros no elaboramos un «programa mínimo». Obramos directamente en los acontecimientos actuales, con una convicción total, siempre delante de los trabajadores para servirles de ejemplo y hacerles conocer clara y completamente los ideales y la finalidad del anarquismo y del comunismo.»

Después de esta primera parte del congreso, esencial por las resoluciones adoptadas, se examinaron otros puntos como: «La situación de Rusia en general y de Ucrania en particular». Y, a modo de conclusiones, en razón a los momentos que se atravesaban: «Relaciones con el poder soviético». Transcribimos a continuación los aspectos esenciales concernientes a la resolución adoptada sobre este punto:

«En su lucha constante contra toda forma de Estado, los anarquistas de la Confederación del «Nabat» no admiten ningún compromiso ni ninguna concesión.

No obstante, frente al «poder soviético» nos hemos comportado durante cierto tiempo de modo diferente.

El estallido vigoroso de la Revolución de Octubre (5), las tendencias hacia el autoritarismo por parte

de las masas obreras, la fraseología anarquista de los «liders» bolcheviques y la urgencia de la lucha contra el imperialismo mundial que circundaba de hierro la revolución nacida entre duros tormentos, frenaba nuestra oposición al poder soviético.

Nosotros hemos incitado a las masas campesinas y obreras a consolidar la Revolución; dimos incluso consejos a los nuevos dominadores, sometiéndoles a una crítica usual entre compañeros.

Pero cuando en el curso de tres años el poder soviético nacido de la Revolución llegó al estado de una potente máquina de dominación, la Revolución fué estrangulada.

La «dictadura del proletariado» (sobre la burguesía), ha sustituido a la burguesía con la dictadura de un partido y de una fracción infima del proletariado sobre todo el pueblo trabajador. Y esta dictadura ha sofocado la voluntad del conjunto de las masas proletarias. Así se dispersaron y ahogaron las fuerzas creadoras que, por sí solas, hubieran podido resolver los diversos problemas de la Revolución.»

Y así es como el poder soviético se ha convertido en una grandiosa e histórica enseñanza experimental para todos los países.

Ugo FEDELI

fecha que se lanzaron por derroteros distintos de los que, finalmente, tomó bajo la dirección del partido bolchevique. Veamos lo que nos dice Archinoff, sobre este particular, en su libro ya citado («Historia del movimiento Makhnovista», páginas 56 y 57 de la edición francesa): «Antes de pasar directamente a la historia del movimiento makhnovista es necesario hacer notar que al llamar la Revolución rusa «la Revolución de Octubre» se confunden a menudo dos fenómenos diferentes: la consigna que incitó al pueblo a lanzarse a la revolución y los resultados de ésta. — Las consignas del movimiento de Octubre consistían en estas dos frases: «Las fábricas para los obreros... La tierra para los campesinos». Todo el programa social de las masas se encerraban en esta consigna, breve, pero profunda por su sentido: aniquilamiento del capitalismo, supresión del salariado y de la esclavitud estatal, y organización de una nueva vida basada en la auto-determinación de los propios productores. De hecho, la revolución de Octubre no realiza este programa en absoluto: el capitalismo no es destruido, sino reforzado; el salario y la explotación de los trabajadores quedan en pie; y en cuanto al nuevo aparato estatal, no oprime en menor grado a los trabajadores que el aparato estatal del capitalismo privado y agrario. No es posible, pues, llamar a la revolución rusa «Revolución de Octubre», si no es en un sentido estrecho y restringido: el de la realización de los objetivos y de la finalidad del partido comunista.»

(5) Los compañeros del «Nabat» no se referían, en su declaración, al zarandeado «Octubre rojo» que sirve de bandera a los comunistas estatales en su propaganda acerca de la Revolución rusa. Estos supieron aprovecharse de un movimiento y de una





# LA CIENCIA Y LA HISTORIA



CIENCIA es, conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas. Cuerpo sistemático de doctrina. Saber o erudición. Habilidad o maestría.

Dos acepciones tiene la palabra «Ciencia», la específica cuando nos referimos a una ciencia concreta y determinada, y decimos la Ciencia A, B o C, y la acepción genérica, cuando prescindiendo de la variedad de ciencias existentes y de las características de cada una de ellas, las englobamos en un plural amplio, y decimos también, «la Ciencia».

Del tronco y común denominador «ciencia» nacen más de un centenar de ramas, o ciencias, cada una con sus características propias bien definidas, pero no se desarrollan paralelamente como lo están estos renglones impresos, sino en forma de red o de tejido; sea en forma diagonal, sea en forma de cuadrícula se entrelazan y combinan los hilos que son cada una de ellas para formar el inmenso tejido de todos los órdenes y de todas las especialidades y técnicas, que en conjunto constituyen la sabiduría humana.

Cada Ciencia tiene su historia particular que no carece de interés y de belleza, pero se echa de ver, al efectuar su estudio particular, que, por precisión, nos cruzamos con otras ciencias, en las que nos hemos de detener en mayor o menor escala para mejor orientación, guía y complemento, del conocimiento de la que nos ocupa.

Además, se ha observado, que la Ciencia en general, independientemente de sus resultados, es un fenómeno social, como lo son el Arte, la Literatura, el Derecho y la Religión, pues ella no interviene en la civilización como un fenómeno aislado, sino que se comunica por todas sus raíces con el terreno social, político, económico e ideológico de cada época determinada.

La Historia de la Ciencia, es, en realidad, la Historia de los sabios que la cultivaron y la engrandecieron, pero también es, al mismo tiempo, la Historia de los Pueblos que reaccionaron a su contacto, y de cómo reaccionaron ante los hechos, a veces maravillosos, que tuvieron lugar en su propio seno, generalmente de manera súbita en forma de sorpresas inesperadas.

Es triptico pues, lo que constituye el proceso histórico perfecto de la Ciencia: I.—El sabio que crea. II.—El problema que se resuelve. Y, III.—La masa humana que asimila los efectos y los traduce en técnicas, en dudas, o en dogmas.

La Historia empieza cuando empiezan los rudimentos de la Ciencia. Cuando el ser humano deja el egoísmo y abre el corazón a la colectividad, pensando y analizando cosas que benefician a los otros, y el hombre se considera uno de tantos. Anteriormente a este momento no hay Historia, es lo que llamamos Prehistoria, periodo de inconcebible duración sin transcendencia colectiva y sin testigos para las generaciones subsiguientes, más que algún detalle borroso e incompleto de una vida exclusivamente física, material y materialista.

La Naturaleza en su aspecto meteorológico fué

el principal elemento de transformación y progreso de la especie humana. El final del periodo Terciario se califica geológicamente del último periodo Glaciar, durante el cual, los animales, las plantas y los seres humanos tenían una vida muy ruda y restringida, y solamente salieron de las cavernas, cultivaron la tierra muy rudimentariamente y utilizaron los animales para compañía y alimento cuando se retiraron los hielos a partir de las tierras ecuatoriales, y paulatinamente se estabilizaron temperaturas adecuadas para la vida de nuestra especie.

La vida, en su verdadera acepción de familia, trabajo y relación, era imposible hasta aquel momento. El Sol, algo más fuerte que en la actualidad (recordemos el periodo carbonífero) pudo romper las cortinas de nubes que obstruían su paso y la vegetación brindó al hombre medios de existencia desconocidos hasta entonces, naciendo, con estos y otros motivos, la prosperidad. Y cosa maravillosa, allá en el rincón más apartado del Mediterráneo, en tierras que después se llamaron Egipto y Babilonia, y precisamente en las riberas de dos grandes ríos, el Nilo y el Eufrates, surgieron las primeras civilizaciones que, como gotas de aceite, habían de extenderse, con el tiempo, por toda la Tierra.

Los elementos naturales, sobre todo astronómicos, meteorológicos, hidrológicos y eruptivos debieron impresionar a estos pueblos primitivos, cuya primera reacción fueron las supersticiones, e inmediatamente la explotación de dichas supersticiones con las supuestas luchas de dioses y el consiguiente negocio de la credulidad, inventando plegarias y ritos para conseguir el dominio de los elementos y la curación de las enfermedades; esto unido a los problemas que presentaba la construcción y el cultivo, la aglomeración hizo surgir y predominar a ciertos hombres por estar dotados de facultades superiores y especializadas, cuyos procedimientos eran la Ciencia que respaldaban, la que, por esto, empezaba a ser Historia.

Poco después, y siguiendo la marcha del Sol, más hacia el centro del Mediterráneo, Grecia, ese país constituido por mil fragmentos de corteza terrestre diseminados en el mar, dió, a su vez, señales de una vida intelectual inquieta y constructiva cuyo eco perdura todavía.

Todas las actividades estaban circunscritas por las costas mediterráneas; la Historia nacía con la Ciencia y todos los derivados de las nobles actividades del trabajo y de las ansias de perfección surgían de este mar; pequeño como perímetro geográfico, pero muy grande como cuna de la Civilización y del pensamiento, padres del Arte y de todas las conquistas espirituales de la Humanidad que había de ocupar todo el planeta.

No tuvieron que transcurrir eternidades para que el mundo alcanzara su categoría fundamental. Apenas hace seis mil años que el cálculo se reducía a la cantidad de dedos de las manos humanas, y algunos años menos para resolver de un modo grosero los problemas de la superficie de los campos y el número de reses que constituían una ganade-



ria, lo cual supone el nacimiento del cálculo, así como el grabado en hueso o en piedra constituye el nacimiento de la escritura; el repasado de una sombra sobre una roca o un muro, el nacimiento del dibujo. Desde este momento los pasos de avance son rápidos y largos, y los historiadores clasifican y escalonan los hechos como una urdimbre sobre la cual se forma, con la trama de los hechos, el tejido de la Historia y la Historia de la Ciencia.

Los astros constituyen el elemento de máxima atención de todos los tiempos. Los conceptos de infinito y eterno parecen preocupar a todos los hombres, así como el secreto de la vida y la dualidad de concepción de los seres pensantes, de Materia y Espíritu, fueron desde siempre temas preferidos. Así nacieron la Astrología, convertida más tarde en Astronomía, la Filosofía y la Biología, la Poesía y las demás formas de arte, al mismo tiempo que se desarrolla constantemente el cálculo, la relación de medida, la Matemática, en fin.

La variedad de los terrenos y la existencia en el seno de sus estratos de materias útiles varias, constituyen un tema atractivo, y nace, pequeña y vacilante, la Geología con sus ramas la Mineralogía y la Paleontología nacidas del mismo tronco. Y así sucesivamente nacen la Química y la Física, la experimentación y el Análisis, maravilla suprema de la Ciencia.

Existen millares de libros relacionados con la Historia de la Ciencia, y sobre todo el fondo que constituye el cuadro de este estudio inmenso, se destacan más de un millar de figuras con acusada y relevante personalidad, algunas de las cuales han dado nombre al siglo a que han pertenecido, y otros aún han pasado a siglos siguientes la aureola de su saber y la cadena de sus méritos. Ejemplos son: Hipócrates, padre de la Medicina; Platón, o la Geometría florida; Aristóteles, o el observador sutil; Euclides, Arquímedes, Apolonius...

El luminar de la Ciencia pasa un día a manos de los árabes, pero continúa la gran influencia de Aristóteles, naciendo luchas enconadas entre las corrientes técnicas y las corrientes especulativas, entre el progreso y el retroceso, o por lo menos el estancamiento y la dificultad, el velo a las ventanas por donde entra la luz de la realidad evidente.

Pero a pesar de todo y ante todo, la experimentación no cede, y el progreso no detiene su marcha ante el misticismo, y Cardau y Tartaglia renuevan la tradición de los viejos matemáticos, el Renacimiento se extiende, así como la Geografía y la Anatomía con Vesale y Servet se extiende también y se consolidan.

Como hemos indicado, algunos siglos se enriquecen en Ciencias y con los nombres de los sabios que más influyeron en los pueblos, así existen el siglo de Descartes y el siglo de Newton, de los que nació la ciencia moderna con sus estudios especiales, sus observatorios astronómicos, sus jardines de

plantas, sus colecciones zoológicas, sus laboratorios de análisis y sus museos. En cada nuevo siglo se acelera el curso de los descubrimientos y aplicaciones prácticas de lo que en el anterior fueron teorías.

La Humanidad bien busca el equilibrio definitivo en el disfrute de todas las conquistas del saber, pero, por desgracia, cada rayo de sol lleva tras de sí una profunda negrura en forma de terrible interrogante, como si los pasos del progreso fuesen dados en el borde de un profundo abismo.

Nadie se explica, cómo, después de una carrera brillante, superadora de todos los misterios y dudas, existe una fuerza que guía a los hombres al precipicio en contra de sus derechos a la existencia y al disfrute de la felicidad.

En el momento actual que no hay secretos en ningún sector de la vida y que para todo existe su unidad de medida, con sus correspondientes formularios que constan ya de unas 300 de estas unidades, a parte la multitud de medios existentes para todo, se sienten todavía las sacudidas del freno oculto que quiere neutralizar los pasos hacia adelante que da la Humanidad. Pero no temamos la consecución de sus nefastos propósitos, pues, como decimos al principio, la Ciencia es un fenómeno social, es una hija del Pueblo, libre y desprecupada de todos los acechos y trabas que se le quieran imponer. La Ciencia es una reacción contra el medio en que se desarrolla, así, a mayor oposición mayor empuje; a mayor opresión mayor embestida; a mayor estrechez mayor expansión y predominio.

La enorme bibliografía de la Historia de la Ciencia; los centenares de muertos en las tareas científicas; el derecho natural indiscutible de la Humanidad por el progreso, son nuestra mayor garantía, y además, la paternidad de los descubridores científicos en sí, que son de los pueblos y no de las camarillas.

El siglo XIX fué el triunfo de la Ciencia en todos sus aspectos, y en el siglo XIX el evolucionismo se alía con el mecanicismo, y se produce la llamada Revolución Científica, que consiste en no quedar absolutamente nada en el ocultismo y el misterio, y por lo tanto, todas las conquistas son motivo de libre discusión. El geofísico francés Carlos Mau-rain lo concretó en una frase: «Nada cuenta en la vida intelectual de la actualidad más que la investigación desinteresada.» Con este principio y con la seguridad de existencia de una justicia inmanente, a pesar de las dificultades de esta hora triste, creemos en una edad de oro próxima, gobernada solamente por la Ciencia, ante la que, las metafísicas perderán el tiempo, y las supersticiones caerán, fatalmente, por su propio peso y vacuidad de humanismo.

Alberto CARSI



## SENDERO SENSITIVO

# EL PAJARO MAJICO



TENGO un pájaro con alas de mariposa. Tengo un pájaro artificial. Le puse de nombre «Esperanza». Sus alas son de hojalata. Y su cuerpo y su cola son formados por una ramita que sugiere la idea de tales. ¡Oh!, qué hermoso es mi pájaro! Vedle. Aparece altivo. Pero su altivez es simpática. Contemplad su aspecto raudó. Y sus

alas, siempre abiertas, extendidas como para abrazar el mundo. Parece que fuera a cobijar bajo ese toldo metálico los sueños de dicha, cuando la dicha busca, insegura, un lugar donde afincarse.

Pájaro verde y plata, enamorado de la aurora, ¿por qué no cantas? ¿Por qué tu pico sostiene esa hoja verde en forma de corazón? ¿Dónde hallaste tu presa? ¡Un corazón verde, en mi pájaro que es verde con un ribete plateado! Eres extraño. Por tus colores, por tu estructura, por tu traza original, que no tiene precedentes. Pájaro, ¿de dónde vienes? ¿A dónde vas? Tus alas, que no se doblegan, y tus colores brillantes, han nacido del capricho.

Tu verde es mate, tu brillo es de plata, ave hermosa que no cantas. No viviste en las selvas, no has vivido en los valles, ni en las montañas enhiestas, ni en las riberas umbrosas, no. Dime, pájaro que no vuelas, que eres inanimado, ¿a qué virtud se debe tu influjo? Pájaro de antojo futurista, cuéntame cosas del ignoto país de donde vienes.

— \* —

Pájaro mariposa, eres único. Naciste del ocaso, y eres guía de lo incierto, de lo inseguro, de lo que no se sabe si vendrá. Y como todo lo inconcreto, tienes adoraciones místicas. Y presides la fé por lo imposible y por lo problemático. La fé por lo bueno, la fé por lo malo. ¡Oh mito, mito vagoroso que llenas de dulzura los sentidos! Tras de ti, entre espirales color de rosa, cogidos a tus alas maravillosamente caprichosas, van multitudes.

Unos te siguen con entusiasmo, sin desfallecer jamás, otros no pueden ocultar el cansancio, pero pronto se cojen de nuevo, por ser su único asidero, a tus alas crueles y hermosas, a tu cola desparmada, dispuesta en vertical, implume y rayada de intersticios. Y tu sigues inalterable, indiferente, sin torcer tu rumbo, que no es rumbo alguno, seguro de que siempre tendrás multitudes que te sigan, seguro de que la humanidad se mueve por seguirte, seguro de que sin ti ni sabe ni puede vivir.

Tirano de tiranos, Dios de dioses, supremo guía del Universo, fuerza inmaterial que transforma sin

cesar sociedades y costumbres, seres y cosas, ¿de dónde arranca tu influjo?

Yo, que te tengo en mi mano, te lo pregunto. Desvéleme ese misterio. ¿No contestas? ¿No cantas? ¡Ah! He ahí la causa de tu poder y de tu influencia. ¡Cuántos hay que hacen lo que tú!

Los hombres tienen fé en ti y te aman. ¡Qué pocos te desprecian! Gracias a ti, los naufragos de la vida creen que no lo son; gracias a ti, la luz ríe en las almas. Luz hecha de reflejos. Luz que no es luz, pero a la manera del espejismo en un lago de orillas frondosas, lo parece. Y anima e impele hacia adelante, siempre hacia adelante.

¡Qué encanto mentiroso el tuyo! Produce el milagro de hacer realidad lo que sólo es imaginado. Siempre hace bailar colores risueños en el horizonte de los que te siguen, y creen así menos cruenta la carga que van cogiendo de penalidades y de dolores, de desgracias y de fracasos, bajo la cual tal vez caerían sobre el camino. Poder grande y extraño el tuyo. Pues que los que al fin renuncian a seguirte parece como si el sortilegio de un poder nefando y oculto les hiciera caer en maldición que se hace realidad, hecho malo. Quien renuncia a seguirte, quien pierde la fé en ti, se ve roto y hundido, fracasado y maltrecho. Se ve amargado, pequeño. Esa conclusión de la renuncia lo invade, lo agarrota, lo hace inerte, pasivo. Y resulta guñapo tirado a la orilla del sendero, de ese sendero que tantos al pasar van trillando. ¿Eres pájaro malo? ¿Eres pájaro bueno? Ave muda, tu enigma hizo fanáticos, sin que aun así te hayan endiosado. Ave solitaria, con traza de sereno ímpetu, que parece volaras y sin embargo no te mueves: sacude con tus alas la niebla color de rosa que ciega a los que te siguen. Mas, no. No sería bueno esto. Déjalos que vayan tras de ti. Que te sigan. Nadie es capaz de sobreponerse a la realidad de no creer en ti. Los hombres necesitan creer, creer siempre. Creer en algo. Su condición sensible se lo impone. Que sigan cogidos a las aristas metálicas de tus alas singulares, asidero necesario en este su mundo de pasiones.

### QUIMERA

¿Fué visión? ¿Fué sueño? ¿Fué fantasía? No lo sé. Sólo sé que está aquí, dentro de mí, que vive en mi cerebro cansado, que no puedo desalojarlo de él.

Vi una rosa roja y muy grande, solitaria en un campo verde. Sus pétalos se abrían como si fueren multitud de labios de mujer en gesto de besar. La rosa se destacaba sobre su tallo erecto dentro de un ámbito penumbroso y como envuelta por un suave calor de ensueño.



Un viento tibio comenzó a sacudirla lentamente, con dulzura, y ella movióse despacio en vaivén de reverencia aparatosa. A poco el viento se hizo más enérgico, y la rosa se agitó cabeceante, describiendo círculos cansinos. El viento sopló más fuerte aún, y hubo un momento en que la flor inmensa quedó tendida hacia adelante, hacia un suelo vaporoso, igual que cabeza dispuesta a ser decapitada. Y las anchas hojas verdinegras que revestían su tallo se movían como alas de pájaro moribundo. La rosa tuvo una sacudida convulsa y corta. Los pétalos se agitaron como para besar el viento, viento sádico, inclemente, que la castigaba sin pausa.

Luego el viento se fué. El tallo espinoso se alzó, pero la flor quedó inclinada hacia él, un poco mustia. Y una metamorfosis se produjo. La flor se transformó en mujer, milagro de belleza, con su cabeza inclinada sobre el pecho. Parecía meditar profundamente. Aquella figura femenina era gaseosa. Se alzó majestuosa en el espacio color violeta, y la vi flotar como fantasma en un sueño exaltado. Oscilaba la visión. Iba y venía, buscando una salida que no hallaba. Parecía caprichosa voluta de humo movida por brisas contrarias. Y me vi yo mismo tendiendo los brazos en gesto anhelante de aprisionarla, considerándola no sombra, sino algo tangible y real. Logré alcanzarla y sufrí una decepción infinita al notar que sólo había aprisionado el vacío. Mis brazos cayeron de sú-

bito, y la silueta volvió a sus movimientos inconcretos, trazando espirales dislocados. Un flujo de disgusto invadió mi sensibilidad, vino a mi como una caravana de olas en plena mar tempestuosa.

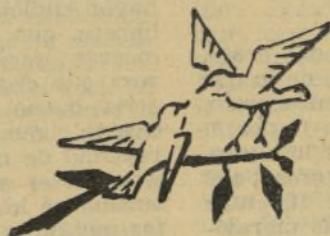
Quise disolver la sombra con un tumulto de anatemas, y ella fluctuaba indiferente en aquel espacio violeta, incapaz de perforarlo. Parecía estar sujeta con cadenas invisibles. Hubo un momento en que la forma fantasmal cobró libertad y sus movimientos, entonces libres, se hicieron ágiles y tras algunas gráciles inflexiones, el enigma rosado se alejó veloz en un horizonte vago. Ojos fijos, gesto duro, puños crispados, la vi perderse en la sombra del infinito. Un sentimiento de desprecio golpeaba en el interior de mi pecho. Y ocurrió que, con la rapidez del relámpago, el fantasma volvió a mi y me envolvió como un torbellino. Hice ademán de defenderme y de desasirme de «aquello». Y no pude, porque nada tocaba sino el espacio.

En tal estado, oí esto:

—Me has despreciado, conciencia insatisfecha, cerebro insaciable. No sabes que sin mí jamás conocerás la dicha. Me repudias por creerte consciente, ¡oh inconsciente! ¿Sabes quién soy? Soy la Ilusión.

Y el capricho color de rosal en mayo huyó de mis ojos atónitos.

Fabián MORO





# VIEJAS GLORIAS

El relato que sigue, debió a la pluma de Pérez Galdós, es una sátira finísima sobre la decadencia marítima española. Abunda la literatura que trata de la descomposición del poderío ultramarino de España. No faltan los que han confundido esta decadencia de efectivos en barcos y en colonias con una supuesta decadencia general o totalitaria de los valores españoles. Pero no es éste el lugar ni ocasión apropiados para rectificar lo rectificable de esa acepción general.

Las batallas que ocasionaron la decadencia marítima española se libraron en océanos abiertos o en mares metropolitanos. Quienes supieron comprender a tiempo las ventajas estratégicas del líquido navegable, esforzaronse en su dominio y tuvieron a su merced todos los demás dominios.

En la batalla por el control de los mares Inglaterra suplió con creces las ventajas de las potencias madrugadoras con el cálculo frío y la astucia. El rancio orgullo español resultó muy mal parado de cuantas batallas sostuviera con sus eternos rivales. La «Invencible» resultó más que abollada, hundida para siempre. Sólo quedó a flote el añejo pundonor es-

pañol definido en el consabido retruécano: «Más vale honra sin barcos que barcos sin honra».

Este secular espíritu de los españoles queda reflejado en los trazos de Galdós sobre las desdichas de la Real Marina Española. El mayor mérito de la semblanza reside en el contraste mismo entre la hidalguía española y el no menos coetáneo espíritu positivista. Los más autorizados comentaristas del «Quijote» coinciden en señalar como supremo valor el contraste mismo de los dos personajes principales de la obra inmortal. El contraste entre el idealismo y el escepticismo es la mejor pintura psicológica sobre el alma española. No existe, pues, diferencia esencial entre el idealismo patriótico de don Alonso, capitán de navío, y don Alonso Quijano el Bueno. Doña Francisca y Sancho Panza se dan también la mano. Doña Francisca, esposa del héroe abollado, es el espíritu de contradicción que tiende en los españoles a reducir y a ridiculizar el honor quijotesco. Este escepticismo corrosivo encarna aquí en una mujer madura o ama casera, que no entiende de elucubraciones y que reduce las más sutiles complejidades del espíritu a las simples e inmediatas realidades hogareñas.

«—No, no irás... te aseguro que no irás a la escuadra. ¡Pues no faltaba más!... ¡A tus años y cuando te has retirado del servicio por viejo!... ¡Ay, Alonsito, has llegado a los setenta y ya no estás para fiestas!

»—Necesito ir, Paquita. Según la carta que acabo de recibir de ese buen Churruca, la escuadra combinada debe, o salir de Cádiz provocando el combate con los ingleses, o esperarlos en la bahía, si se atreven a entrar. De todos modos, la cosa va a ser sonada.

»—Bueno, me alegro. Ahí están Gravina, Valdés, Cisneros, Churruca, Alcalá Galiano y Alava. Que machaquen duro sobre esos perros ingleses. Pero tú estás hecho un trasto viejo que no sirves para maldita de Dios la cosa. Todavía no puedes mover el brazo izquierdo que te dislocaron en el Cabo de San Vicente... No, más no irás a la escuadra, porque allí no hacen falta estantiguas como tú. Si tuvieras cuarenta años, como cuando fuiste a la Tierra del Fuego, y me trajiste aquellos collares verdes de los indios... Pero ahora... Ya sé yo que ese calzonazo de Marcial te ha calentado los cascotes anoche y esta mañana, hablándote de batallas. Me parece que el señor Marcial y yo tenemos que reñir... Vuélvase él a los barcos si quiere, para que le quiten la pierna que le queda... ¡Oh, San José bendito! Si en mis quince hubiera sabido yo lo que era la gente de mar... ¡Qué tormento! ¡Ni un día de reposo! Se casa una para vivir con su marido, y a lo mejor viene un despacho de Madrid que en dos pelotadas me lo manda qué se yo a dónde, a la Patagonia, al Japón o al mismo infierno. Está una diez o doce meses sin verle, y al fin, si no se lo comen los señores salvajes, vuelve hecho una miseria, tan enfermo y amarillo que no sabe una qué hacer para volverle a su color natural. Pero pájaro viejo no entra en

jaula, y de repente viene otro despachito de Madrid... Vaya usted a Tolón, a Brest, a Nápoles, acá o acullá... donde le da la gana al bribonazo del Primer Cónsul... ¡Ah! si todos hicieran lo que digo ¡qué pronto las pagaría todas juntas ese caballerito que trae tan revuelto al mundo!

»Mi amo miró sonriendo una mala estampa clavada en la pared, y que, torpemente iluminada por ignoto artista, representaba al Emperador Napoleón, caballero en un corcel verde, con el célebre redingote embadurnado de bermellón.

»—Esto no es vivir—continuó doña Francisca agitando los brazos—. Dios me perdone; pero aborrezco el mar, aunque dicen que es una de sus mejores obras. ¡No sé para que sirve la Santa Inquisición si no convierte en cenizas esos endiablados barcos de guerra! Pero vengan acá y díganme: ¿para qué es eso de estarse arrojando balas y más balas, sin más ni más, puestos sobre cuatro tablas que, si se quieren, arrojan al mar centenares de infelices? ¿No es esto tentar a Dios? ¡Y estos hombres se vuelven locos cuando oyen un cañonazo! ¡Bonita gracia! A mí se me estremecen las carnes cuando los oigo, y si todos pensaran como yo, no habrían más guerras en el mar... y todos los cañones se convertirían en campanas. Mira, Alonso, me parece que ya os han derrotado bastantes veces. ¿Queréis otra? Tú y esos otros tan locos como tú, ¿no estáis satisfechos después de la del 14 (así se llamaba al combate del Cabo de San Vicente)?

»Don Alonso apretó los puños al oír aquel triste recuerdo, y no profirió un juramento de marino por respeto a su esposa.

»—La culpa de tu obstinación en ir a la escuadra la tiene el picarón de Marcial, ese diablo marinero, que debió ahogarse cien veces, y cien veces se ha salvado para tormento mío. Si él quiere volver a



embarcarse con su pierna de palo, su brazo roto, su ojo menos y sus cincuenta heridas, que vaya en buena hora, y Dios quiera que no vuelva a aparecer por aquí...; pero tú no irás, Alonso, tú no irás, porque estás enfermo y porque has servido bastante al Rey, quien por cierto te ha recompensado muy mal; y yo que tú, le tirarías a la cara al señor Generalísimo de mar y tierra los galones de capitán de navío que tienes desde hace diez años... A fe que debían haberte hecho almirante cuando menos, que harto lo merecias cuando fuiste a la expedición de Africa y me trajiste aquellas cuentas azules que, con los collares de los indios, me sirvieron para adornar la urna de la Virgen del Carmen.

»—Sea o no almirante, yo debo ir a la escuadra, Paquita. Yo no puedo faltar a ese combate. Tengo que cobrar a los ingleses cierta cuenta atrasada.

»Bueno estás tú para cobrar cuentas: un hombre enfermo y medio baldado.

... ..

»—Señor Marcial: si quiere usted ir a la escuadra a que le den la última mano, puede embarcar cuando quiera; pero lo que es éste no irá.

»—Bueno: iré solo. El demonio me lleve si me quedo sin echar el catalejo a la fiesta. Tenemos quince navíos, y los franceses venticinco barcos. Si todos fueran nuestros, no era preciso tanto. ¡Cuarenta buques y mucho corazón embarcado!

»Sigamos ahora a doña Francisca haciéndose cruces:

»—¡Cuarenta navíos! Esto es tentar a la Divina Providencia! ¡Jesús! Y a lo menos tendrán cuarenta mil cañones, para que estos enemigos se maten unos a otros.

»—Lo que es como Mr. Corneta tenga bien provistos los paños de pólvora—contestó Marcial señalando el corazón—, ya se van a reír esos señores casacones. No será ésta como la del cabo de San Vicente.

»—Hay que tener en cuenta—dijo mi amo con placer, viendo mencionado su tema favorito—que si el almirante Córdoba hubiera mandado virar a babor a los navíos «San José» y «Mejicano» el señor de Jervis no se habría llamado Lord Conde de San Vicente. De esto estoy bien seguro, y tengo datos para asegurar que con la maniobra a babor hubiéramos salido victoriosos.

»—¡Victoriosos!—exclamó con desdén doña Francisca—. Si pueden ellos más... Estos bravucones parece que se quieren comer al mundo, y en cuanto salen al mar parece que no tienen bastantes costillas para recibir los porrazos de los ingleses.

»—¡No!—dijo Mediodía enérgicamente y cerrando el puño con gesto amenazador—. ¡Si no fuera por sus muchas astucias y picardías!... Nosotros vamos siempre contra ellos con el alma a un largo, pues, con nobleza, bandera izada y manos limpias. El inglés no se «larguea», y siempre ataca por sorpresa, buscando las aguas malas y las horas de cerrazón. Así fue la del Estrecho, que nos tienen que pagar. Nosotros navegábamos confiados, porque ni de perros herejes moros se teme la traición, cuantimás de un inglés que es e civil y al modo de cristiano. Pero no: el que ataca a traición no es cristiano, sino un salteador de caminos. Figúrese, señora, que salimos de Cádiz para auxiliar a la escuadra francesa que se había refugiado en Algeciras, perseguida por los ingleses. Hace de esto cuatro años, y **entavía** tengo tal coraje que la sangre se me

emborbotaba cuando lo recuerdo. Yo iba en el «Real Carlos», de 112 cañones, que mandaba Ezguerra, y además llevábamos el «San Hermenegildo», de 112 también; el «San Fernando», el «Argonauta» y la fragata «Sabina». Unidos con la escuadra francesa, que tenía cuatro navíos, tres fragatas y un bergantín, salimos de Algeciras para Cádiz, a las doce del día, y como el tiempo era flojo, nos anocheció más acá de punta Carnero. La noche estaba más negra que un barril de chapapote; pero como el tiempo era bueno, no nos importaba navegar a oscuras. Casi toda la tripulación dormía: me acuerdo que estaba yo en el castillo de proa hablando con mi primo Pepe Débora, que me contaba las perradas de su suegra, y desde allá vi las luces del «San Hermenegildo», que navegaba a estribor como a tiro de cañón. Los demás barcos iban delante. **Pusque** lo que menos creíamos era que los casacones habían salido de Gibraltar tras de nosotros y nos daban caza. ¿Ni cómo lo habíamos de ver, si tenían apagadas las luces y se nos acercaban sin que nos percatáramos de ello? De repente, y aunque la noche estaba muy oscura, me pareció ver... yo siempre he tenido un **farol** como un lince... me pareció que un barco pasaba entre nosotros y el «San Hermenegildo». «José Débora—dije a mi compañero—, o yo estoy viendo fantasmas o tenemos un barco inglés por estribor». No había acabado de decirlo, cuando **pataplús...** sentimos el musiquero de toda una andanada que nos soplaron por el costado. En un minuto la tripulación se levantó... cada uno a su puesto... ¡Qué batahola, señora doña Francisca! Me alegrara que usted lo hubiera visto para que supiera como son estas cosas. Todos jurábamos como demonios y pedíamos a Dios que nos pusiera un cañón en cada dedo para contestar al ataque. Ezguerra subió al alcázar y mandó disparar la andanada de estribor... ¡zapataplús! La andanada de estribor disparó en seguida, y al poco rato nos contestaron... Pero en aquella trapisonda no vimos que con el primer disparo nos habían soplado a bordo unas endiabladas materias **comestibles** (combustibles quería decir), que cayeron sobre el buque como si estuviera lloviendo fuego. Al ver que ardía nuestro navío, se nos redobla la rabia y cargamos de nuevo la andanada, y otra. ¡Ah, señora doña Francisca! ¡Qué bonito se puso aquello!... Nuestro comandante mandó meter sobre estribor para atacar al abordaje al buque enemigo. Aquí te quiero ver... Yo estaba en mis glorias... En un guiñar de ojo preparamos las hachas y picas para el abordaje... el barco enemigo se nos venía encima, lo cual me **encabrió** (me alegró) el alma, porque así nos enredaríamos más pronto... Mete, mete a estribor... ¡qué julepe! Principiaba a amanecer: ya los penoles se besaban; ya estaban dispuestos los grupos, cuando oímos juramentos españoles a bordo del buque enemigo. Entonces nos quedamos todos tiesos de espanto, porque vimos que el barco con que nos batíamos era el mismo «San Hermenegildo».

»—Esto sí que estuvo bueno—dijo doña Francisca mostrando algún interés en la narración—. ¿Y cómo fueron ustedes tan burros que uno y otro...?

»—Diré a usted: no tuvimos tiempo de andar con palabreo. El fuego del «Real Carlos» se pasó al «San Hermenegildo», y entonces... ¡Virgen del Carmen, la que se armó! ¡A las lanchas! gritaron muchos. El fuego estaba ya a ras con ras con la **Santa Bárbara**, y esta señora no se anda con bromas... Nosotros jurábamos, gritábamos insultando a Dios, a



la virgen y a todos los santos, porque así parece que se desahoga uno cuando está lleno de coraje hasta la escotilla.

»—¡Jesús, María y José! ¡qué horror!—exclamó mi ama—. ¿Y se salvaron?

»—Nos salvamos cuarenta en una falúa y seis o siete en el chinchorro: estos recogieron al segundo del «San Hermenegildo». José Débora se aferró a un pedazo de palo y arribó más muerto que vivo a las playas de Marruecos.

»—¿Y los demás?

»—¿Los demás?... la mar es grande y en ella cabe mucha gente. Dos mil hombres **apagaron fuegos** aquel día, entre ellos nuestro comandante Ezguerra, y Emparán, el del otro barco.

»—¡Válgame Dios!—dijo doña Francisca—. Aunque bien empleado les está por andarse con esos

juegos. Si se estuvieran quietecitos en sus casas como Dios manda...

»—Pues la causa de este desastre—dijo don Alonso, que gustaba de interesar a su mujer en tan dramáticos sucesos—fué la siguiente. Los ingleses, validos de la oscuridad de la noche, dispusieron que el navio «Soberbio», el más ligero de los que traían, apagara sus luces y se colocara entre nuestros dos hermosos barcos. Así lo hizo: disparó sus dos andanadas, puso su aparejo en facha con mucha presteza, orzando al mismo tiempo para librarse de la contestación. El «Real Carlos» y el «San Hermenegildo», viéndose atacados inesperadamente, hicieron fuego; pero se estuvieron batiendo el uno contra el otro, hasta que cerca del amanecer, y estando a punto de abordarse, se reconocieron y ocurrió lo que tan detalladamente te ha contado Marcial.»





# NOTAS

## REPORTAJE AL COMPAÑERO SALVADOR TORRENTS

El movimiento anarquista vale por sus hombres, no importa en qué latitud del globo se encuentren. En todos los extremos de la tierra hay compañeros que siguen paso a paso los altibajos de las situaciones. Hablando lenguas distintas, el ideal nos encuentra en un pensamiento común, si de matices distintos, con una misma finalidad. Ningún problema nos es ajeno, ningún principio de inquietud extraño. Sentimos al unísono palpar nuestros corazones al ritmo del tiempo y de los acontecimientos por la revolución que preconizamos.

El compañero Salvador Torrents, catalán de origen, reside actualmente en Australia. Tiene 66 años de edad, pero su pensamiento, en cuanto a nuestros problemas fundamentales, corresponde al de la juventud; y no al de esa juventud adaptada que acepta los acontecimientos como una consecuencia y ve pasar los hechos históricos como una fatalidad. Torrents no ve en ellos más que el producto del régimen capitalista, que construye su Estado con toda clase de mordazas para defenderse contra el espíritu de la revolución que agita al proletariado consciente de todas partes del planeta. Considerando la experiencia recogida por compañeros como Salvador Torrents a través de sus años de militante, iniciamos con este reportaje a distancia una serie de consultas individuales que CENIT registrará en números sucesivos y en la que podrán tomar parte cuantos compañeros quieran aportar algunas conclusiones sobre los diversos puntos del cuestionario.

Se pretende con ello estimular a las juventudes al estudio de los problemas que sacuden las vértebras del mundo capitalista, recogiendo lo más puro del pensamiento libertario. Salvador Torrents, que colabora en nuestra prensa con cierta asiduidad, es un obrero de pico y pala que se ha formado a sí mismo y supo recoger del pensamiento anárquico todo lo que tiene de grande y constructivo para volcarlo en el crisol de las ideas en que se está fundiendo el mundo nuevo. La juventud estudiosa tiene en hombres como él un ejemplo seguro de que la revolución podrá demorarse, pero que, evidentemente, es la única solución para que la humanidad pueda salir del atolladero en que se encuentra frente a la explotación del hombre por el hombre.

Con esa premisa, hemos preguntado al compañero Salvador Torrents:

—Tu experiencia histórica te habrá hecho concebir un concepto propio respecto al anarquismo. Considerando el porvenir como movimiento de revolución, que todos por igual esperamos, ¿debemos los anarquistas entender ese movimiento como resultado de una capacitación total, o debemos acelerarlo recurriendo a la acción directa que preconizaban los integrantes de la Primera Internacional y sus discípulos y que parece ser la razón de la misma historia?

—Durante los cincuenta años que sigo la propaganda de nuestras ideas, expuestas por maestros y propagandistas, cada uno ha manifestado puntos de vista particulares. Hay grandes discrepancias sobre la forma en que consideran el camino más recto para llegar al derrocamiento del sistema capitalista y la implantación de la anarquía.

Sin ninguna duda, esto sólo podrá hacerse mediante la revolución. Una revolución que debemos hacer nosotros mismos, renovándonos, sin esperar el día de su estallido, sino ahora mismo, cada día y cada hora. Demostrar que en la

práctica los anarquistas somos individuos capacitados para vivir los ideales que preconizamos.

El obrero debe pertenecer al sindicato, no sólo para alcanzar mejoras que muchas veces son engaños ilusorios, sino para capacitarse y que cuando llegue el momento de romper con el sistema capitalista se encuentre en condiciones de organizar la producción en una sociedad libre.

Veo con simpatía el movimiento cooperativista, no para ahorrar unos cuantos céntimos, sino, por haberlo palpado en mi juventud, en Mataró, a fin de defendernos mejor del sistema capitalista y aprender a administrarnos sin necesidad del Estado. Nuestro movimiento ha adolecido de buenos administradores. Es cierto que en el período 1936-1939 se han descubierto elementos muy capaces dentro de nuestra organización, pero tenemos que prepararnos para el mañana y suplir la falta de todos los que cayeron. Como por algo hay que empezar, tenemos el ejemplo del Ateneo Obrero y otras asociaciones como las que cita el compañero García Pradas en el N.º 5 de CENIT, las cuales contribuirán a la formación de una conciencia libre.

Lo que considero mejor para acelerar la marcha es la Escuela Racionalista tal como la propagaron y practicaron Ferrer y Faure. Las semillas sembradas por ellos han dado buenos frutos, pues de allí salieron hombres de los que hacen falta muchos para construir el ideal de la anarquía.

Los conglomerados ingnorantes y crédulos son pasto fácil para los prestidigitadores de la política y la religión, lo mismo que campo para la explotación del hombre por el hombre. La revolución debe hacerse desde ahora y por nosotros mismos. Que los políticos y capitalistas se las entiendan. Nosotros somos anarquistas. Debemos trabajar por nuestros ideales arrancándole la careta a todos los falsos redentores, que todo lo concretan a su afán de subir y ser los amos. No debemos ni podemos ser cómplices de los crímenes de la socialdemocracia. Hemos visto que, no importa en qué país actúen, lo primero que interesa a los malabaristas es la dominación del espíritu rebelde del individuo, y que a la larga se convierten en déspotas y verdugos. Y eso se ha visto tantas veces que seríamos más que estúpidos en aceptarlo. Tenemos muy recientes ejemplos.

—¿Cómo ves el porvenir anárquico inmediato frente al acelerado avituallamiento guerrero de los dueños del mundo, y cómo podemos reaccionar los anarquistas—representantes del pensamiento libre mundial—si la próxima guerra estalla por la competencia de los dos colosos del capitalismo burgués y comunista?

—Si tuviera que fijarme en los detalles, vería lo que está ocurriendo ahora en Australia, que se encuentra marcha atrás ya que el pueblo «soberano», en las últimas elecciones, ha elegido a lo más reaccionario que aquí se conoce. En nombre de la democracia, la propaganda política descansó en la preparación para la guerra y en colocar a los comunistas al margen de la ley. Con estos antecedentes no se puede ser muy optimista. Pero no todo el mundo es Australia. La historia es una gran maestra. La guerra franco-prusiana dio nacimiento a la gloriosa Comuna de París que, aunque sofocada en sangre, dejó semilla de tal raigambre que ninguno de los tiranos pudo extirpar.

En la guerra del 14, algunas testas coronadas que se creían elegidos por el poder divino para eternamente, tuvieron que tomar sus maletas y escapar. El derrumbamiento del imperio ruso, aunque el nuevo despotismo no sea diferente no deja de constituir una lección. ¿Qué sucederá si estalla la tercera guerra mundial? Ante la maldad de los aspirantes



a «generalísimos» y la indiferencia de las masas del pueblo, que todo lo espera de los llamados redentores, es muy difícil opinar sobre el porvenir si se lleva a cabo la hecatombe. La historia podría muy bien repetirse y a los promotores de la carnicería quizás les saliera el tiro por la culata.

Los anarquistas debemos estar alerta y emplear todos nuestros conocimientos y energías en demostrar la razón que tenemos para oponernos a sus criminales ambiciones, a fin de vivir libres, sin generales, políticos ni obispos de cualquier campo que surjan.

—¿Qué podríamos hacer los anarquistas para que esa juventud, hoy descarriada por los políticos y que es carne de cañón en todas las guerras, adquiera conciencia y responsabilidad de sí misma como elemento humano responsable en defensa de su propia vida y de la humanidad, pese al triunfo de la revolución?

—La juventud australiana está infestada de esa epidemia que se llama «sport», que abarca al 90 por ciento de la población. Si intentas oponerte a esa fiebre, te llamarán viejo chiflado, fuera de la realidad. Nosotros no debemos hacer ningún distingo entre viejos y jóvenes. Los años no cuentan para propagar nuestras ideas. Sembrar es nuestro trabajo, y es seguro que nuevas semillas llegarán a eliminar la cizaña que todos los zánganos de la política están interesados en hacer perdurar para mantener sus privilegios.

—¿Cómo ves, la acción resistente del movimiento anarquista español englobado en la CNT, frente a la indiferencia del amarillismo obrero, el apoyo de las naciones capitalistas y la acción negativa de la socialdemocracia mundial, en relación con la lucha contra el régimen nazifascista del franquismo para implantar una sociedad de productores ibéricos libres?

—Los hombres de la CNT han demostrado ser competentes para poner en práctica las teorías que propagan. La revolución ibérica fué un ejemplo, en el que dieron su vida millares de buenos compañeros. Las naciones capitalistas hipócrita y descaradamente, hicieron cuanto pudieron para aplastar la revolución. Las fuerzas reaccionarias siempre encuentran sirvientes a sueldo de sus ambiciones. Cuando a principios del siglo pasado soplaban en España vientos de liberación contra el salvaje Fernando VII, el rey de Francia, representando las monarquías europeas, envió a España el ejército de los cien mil hijos de San Luis, mandados por el duque de Angulema, para ahogar el movimiento liberal. Sería inocente no pensar que se repita por tercera vez el mismo fenómeno.

El patrioterismo de los capitalistas está donde hay mayor ganancia. Para implantar una sociedad de productores libres no es suficiente la voluntad de los habitantes de cualquier nación o agrupación humana, sino que se necesita el concurso general de otros pueblos o naciones que animen el movimiento. Los tiempos modernos enseñan que cuando arde la casa del vecino, está en peligro la nuestra. Si hubieran dejado a España en su tragedia, sus habitantes habrían encontrado adecuada solución a sus problemas, ya que les sobra capacidad y contenido de libertad y justicia para poner la revolución en pie de incesante progreso.

Los defensores del capitalismo tratan de adormecer al obrero, que no siempre se rebela, y así es como le roban los hijos para exterminarlos en beneficio de su propia causa de iniquidad e impedir que sean hombres libres. El internacionalismo obrero es tan necesario como el pan.

—Tu experiencia, ¿te ha hecho concebir el futuro inmediato de la humanidad?

—Mirando el futuro a través de mis años, observo que las condiciones generales de la humanidad han mejorado en gran escala. Moralmente hay grandes sectores de población disconformes con el sistema de explotación a que son sometidos y esos son los que van socavando los fundamentos del pre-

sente régimen social. A medida que transcurre el tiempo va en aumento el número de descontentos. De ahí que se podrá retrasar la caída del presente régimen social pero ésta será inevitable.

Aunque vivo en los antipodas, estoy observando las sacudidas que las valerosas descontentos de España están dando al nefasto régimen que les oprime, desafiando las iras del franquismo frente a las naciones democráticas de mostrador y a la hipocresía de los amos del mundo que, con cinismo propio de Hitler, certifican el degüello a que somete el verdugo a nuestro pueblo heroico. Hitler perdió la guerra, pero ganó la paz. La herencia de los campos de la muerte no está en Belsen, Dachau o Buchenwald; está en todas partes. Los campeones ayer de la libertad ostentan hoy el distintivo de la democracia que tan bien conocemos los anarquistas.

Aun quedan en la península ibérica muchos descendientes directos del Quijote, dispuestos a jugarse la vida defendiendo la libertad del mundo. Y esos compañeros, dignos representantes en todas partes de la C.N.T., no pasan factura por sus hechos. Sus destinos están más allá del interés. Su misión está en precipitar la revolución social, y esto anima a viejos y jóvenes.

—Por último, ¿podrías decirnos, cuál ha sido la mayor de tus satisfacciones durante tus muy respetables años de militante?

—He tenido varias satisfacciones, pero la mayor fué cuando en Mataró se celebró el primer mitin anarquista, 48 años atrás. Entre amigos y conocidos, recogí unas cuantas pesetas para la celebración de dicho acto, que, para mí, es inolvidable. Los oradores eran de la mejor y más escogido de aquellos tiempos.

El mitin fué un gran éxito. La mayoría de los que asistieron no tenían otra opinión de la anarquía y de los anarquistas que la recibida por boca de los curas, capitalistas y políticos. Los oradores, con maestría y sencillez, expusieron nuestras ideas. Los recuerdo como si fuera ayer: Saavedra, Sánchez Rosa, González Solá y Ojeda, sin contar al veterano albañil Mariano Castellote. Muchos de los conceptos vertidos quedaron grabados en mi mente y, a pesar de los años transcurridos, tienen para mí toda la frescura de cosa reciente. Acudieron los anarquistas y simpatizantes de la comarca y nos pusimos en contacto. Entre ellos los íntimos amigos y compañeros Vilagrassa, Compte, Vehils y el veterano Casanovas, actualmente, como yo, en Australia. A raíz de ese mitin, nos agrupamos unos cuantos jóvenes en el grupo «Nueva Semilla». Después celebramos varios actos con oradores que venían de Barcelona, entre ellos Leopoldo Bonafulla, la valiente Teresa Claramunt, Romero y A. Loredo. ¡Cuántos momentos buenos y emocionados recuerdo haber pasado en el «Ateneo Obrero» de Mataró, lugar obligado donde pretendíamos arreglar el mundo! Allí se discutía con pasión y allí nos hicimos anarquistas. De aquellas discusiones, que llamaban la atención de los jóvenes, muchos de ellos salieron a engrosar nuestras filas y resultaron buenos propagandistas de nuestras ideas.

Los sucesos de julio de 1909 dieron al traste con aquellas tertulias. Tomamos parte activa en ellos, y allí le vimos la verdadera cara a todos los déspotas, humillados cuando el pueblo se lanza a la calle en defensa de la justicia.

De allí, para no caer en las garras de la «gente del orden», tuve que pasarme a Francia, sin dinero, sin conocer el idioma, sin oficio, obligado a trabajar de peón y marcado como indeseable, igual que los «rojos» de hoy. ¡Era una buena credencial para salir del paso! En Toulouse conocí a varios compañeros, obligados, como yo, a pasarse a Francia. Recuerdo las manifestaciones frente al Consulado Español ante la noticia de que se pretendía asesinar a Ferrer, crimen que se llevó a cabo con el aplauso de los reaccionarios del mundo entero. Exactamente como hoy. No sé qué de malo, horripante



lante y extraño tenemos los españoles, pues cuando tratamos de levantar cabeza todos los chacales del cielo y de la tierra se precipitan sobre nosotros.

En Francia recibí una carta de mi padre anunciándome el nacimiento de mi primera hija. Me enviaba un mechoncito de sus cabellos. Le pusimos el nombre de Paz, como recuerdo de la hija de Ferrer. Muy buenos momentos he pasado en Francia, discutiendo con amigos sobre los problemas de la revolución, para olvidar de paso las penurias de refugiados. Recuerdo algunas de esas discusiones con el entonces republicano federal Bruno Lladó. Le había visto por última vez en la Modelo, de Barcelona, por haber sido miembro del Comité de Huelga de Sabadell. Otro de los que discutían conmigo era Po, también de Sabadell.

Otra emoción grande la recibí a principios de 1915, cuando, junto con los compañeros Corney y Gabaldá, hice una visita al viejo compañero Anselmo Lorenzo. Al llamar a la puerta, salió la hija y, sonriente, dijo: —¿Queréis ver al abuelo?— Nos acompañó a su cuarto. El maestro nos recibió con amabilidad y afecto. Hablamos de todo, pero el tema principal fué la guerra. No podía comprender que hubiera anarquistas partidarios de un bando combatiente como el honesto y buen maestro Kropotkin. Lorenzo nos dijo: «Si no fuese por estas pobres piernas, hoy mismo me iría a Madrid a dar una conferencia para afirmar nuestras ideas con respecto a la guerra». En aquellos tiempos, era raro que tanto «Tierra y Libertad» como «Solidaridad Obrera» no publicaran artículos suyos. Uno se forma una idea aproximada de cada autor, pero al conocerle personalmente y alternar con él, la impresión es muy superior.

Después, en Francia, conocí a E. Armand, que ahora publica «L'Unique», a Sebastián Faure, a Mañé, Costa, Ballesteros, Tomás. Hablé con P. Martin en la redacción de «Le Libéraire», que me recordaba al compañero A. Lorenzo por su barba poblada y las mismas ideas del veterano barcelonés sobre la guerra y los anarquistas. De Francia me trasladé a Australia, porque me recordaba la vieja Inglaterra a donde iban a refugiarse nuestros compañeros perseguidos. Y aquí estoy recibiendo las inyecciones que me da España la rebelde, la anarquista—concluye el compañero Torrents.

**Campio CARPIO**



## LA TELEVISION

Un vecino me ha invitado al estreno de un aparato de televisión que acaba de adquirir. He visto así por primera vez—jamás había llamado mi atención—la nueva maravilla. No me ha maravillado. Me ha causado, al contrario, disgusto. Un disgusto sin nombre: por nuevo.

Quería dar forma a ese disgusto. Quería encontrarle un nombre. Y como hace poco recordé, que ya Bakunin había dicho lo que yo quería añadir a un artículo de Berneri, ahora vino a mi memoria haber leído en alguna parte poco más o menos las mismas palabras que se me ocurrían para expresar mi disgusto.

He buscado esas palabras. Aquí las tiene el lector. Son del escritor norteamericano E. B. White. Resalta en ellas, sin que el término disgusto sea usado, disgusto parejo al sentido por mí.

Creo que la televisión será la piedra de toque del mundo moderno. Con esa nueva facultad, que nos permitirá ver más lejos de lo que la vista puede normalmente ver, tendremos sea un nuevo e intolerable trastorno de la paz general, sea una nueva luz en el cielo. Pero estoy absolutamente convencido de una cosa: de que nuestro porvenir será regido por la televisión.

Hace alrededor de dos años que he asistido a una demostración de televisión, en la que era probado sin la menor duda posible que una persona, sentada tranquilamente en una habitación, podía asistir a las piruetas y a las locuras que se hacían en otra habitación. Recuerdo incluso haber tenido más placer en observar lo que pasaba alrededor de mí que en mirar lo que nos hacían ver las maravillas de la ciencia. Las imágenes eran, sin embargo, claras, y prestando atención a ellas, podía distinguir el blanco de los ojos de una bonita mujer. Desde entonces, he seguido de cerca la evolución de la televisión.

Es evidente que una lucha se ha entablado en nuestros días entre el altavoz y la voz dulce, entre las cosas verdaderas y las cosas que se nos presentan como tales, entre los técnicos de T.S.H. y el ángel de Dios. La radio ha difundido ya el culto del sonido, y los «efectos» de lo ruidoso han tomado la plaza ocupada hasta aquí por el sonido mismo. La televisión aumentará enormemente el campo que puede abarcar la mirada, y, como la radio, hará la publicidad de lo que está «en otra parte». De común acuerdo con los *clisés*, las revistas y el cine, se esforzará en hacernos olvidar las cosas primordiales más próximas en favor de las cosas secundarias más alejadas. Emplearemos aún mayor número de las veinticuatro horas de que disponemos en asimilar ideas, sonidos e imágenes distantes y sintéticos. Con tal que nos sean servidos en dosis suficientes, los sonidos de la radio y las imágenes de la televisión nos llegarán a ser más familiares que sus originales. El ruido de una puerta al cerrarse oído en la radio, un rostro trastornado visto en una pantalla luminosa: tales son las cosas que nos parecerán reales y verdaderas; y cuando cerremos la puerta de nuestra celda o miremos la cara de alguien, tendremos la impresión de algo artificial. Me gusta observar detenidamente el espectáculo de nuestra curiosa época, donde el mundo concreto se convierte en fantasía, donde todos los valores son destruidos, y donde pronto seremos como dementes, para los cuales los gestos de las gentes sanas de espíritu se parecerán a los absurdos retorcimientos de una anguila.

Cuando yo era joven las gentes se contentaban con mirar alrededor de sí y eran moderadamente felices; hoy tratan de ver más allá de los siete océanos, se hunden hasta la cintura en la marea creciente de las noticias, y, en general, son de una tristeza intolerable.

Un hecho curioso que me parece haber recogido en el curso de mis investigaciones, es que los actores de los estudios de televisión deberán llevar, atado al tobillo, un pequeño interruptor eléctrico para indicarles el momento en que deben aparecer. El director de escena apretará el botón advirtiéndolo al actor Zutano que es su turno; éste hará una mueca al sentir el pequeño choque eléctrico, y aparecerá de repente a todos los habitantes de la ciudad.

Tiene un nombre lo que nos trae la televisión, como tantas otras maravillas de la ciencia. Este: deshumanización.

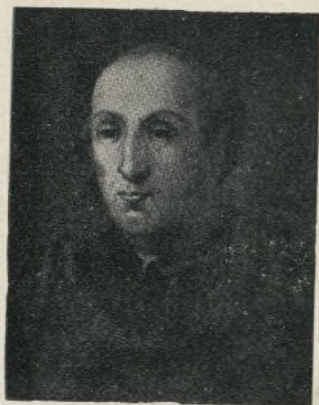
**José M. JUAREZ**





Escena del desembarco de Colón en el Nuevo Mundo, según fantasía de los artistas de la época.





## NUESTRA PORTADA

Retrato de Cristóbal Colón, uno de los más célebres documentos pictóricos sobre el enigmático descubridor de las Américas, que publicamos con un mes de retardo, a causa de dificultades técnicas, a título conmemorativo del extraordinario acontecimiento del 12 de octubre de 1492, fecha del descubrimiento del Nuevo Mundo, y que festeja anualmente el mundo latino.

70 frs

Ayuntamiento de Madrid

A.  
cepti  
la p  
quis  
enfer  
marq  
J. E.  
deli  
vista  
nia.  
movi  
taura  
berta  
terial  
breve

And  
rra  
blanca  
que.—  
lenko.

Diciem

195

R